



UNIVERSIDAD VIRTUAL ATENEA DE MÉXICO - FUNDACIÓN ATENEA A. C.

COLEGIO DE FILOSOFÍA UVAM-FAAC

ANTOLOGÍA VI INQUIETUDES SOBRE LA POSPANDEMIA



CÉLIDA GODINA (COMPILADORA)



UNIVERSIDAD VIRTUAL ATENEA DE MÉXICO
COLEGIO DE FILOSOFÍA

Compiladora de la Antología VI. Inquietudes sobre la posmandemia

CÉLIDA GODINA HERRERA

Ilustración de portada: pintura de Pieter Brueghel el viejo (1525-1569): el triunfo de la muerte (1562)

DATOS DE LA UVAM-FAAC

**SECCIÓN D NÚM.16 COL. UNIDAD GUADALUPE, C. P. 72560
PUEBLA, PUEBLA, MÉXICO.**

CORREO: FAAC@FUNDACIONATENEAONLINE.COM.MX

PAGINA WEB: WWW.FUNDACIONATENEAONLINE.COM.MX

TEL. 222 960.38.97

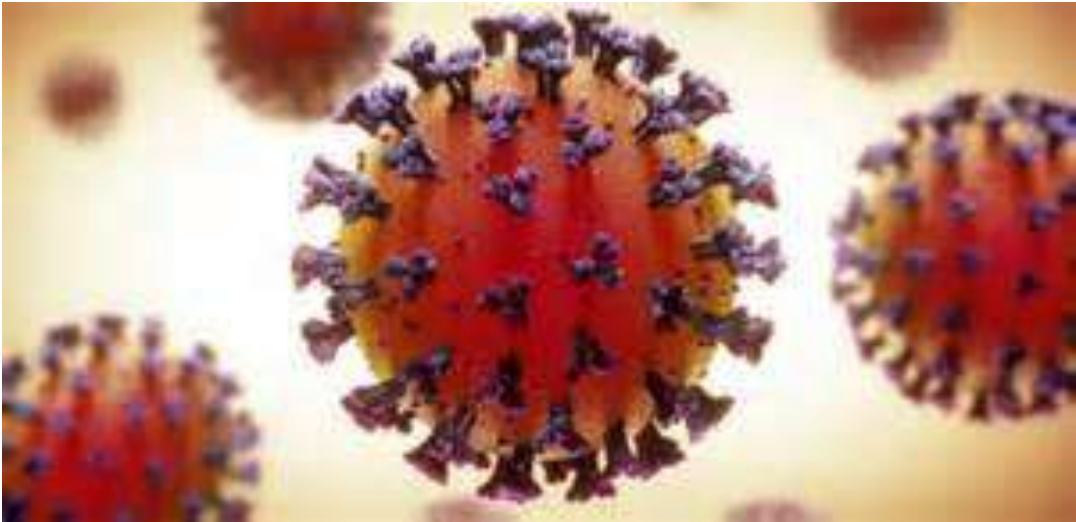
PUBLICADO BAJO LA LICENCIA DE PRODUCCIÓN DE PARES



ATRIBUCIÓN · COMPARTIR BAJO LA MISMA LICENCIA · NO CAPITALISTA

ÍNDICE

CÉLIDA GODINA / PRESENTACIÓN	5
➤ LUIS BONILLA MOLINA / COVID-19: OPORTUNIDAD DEL NEOLIBERALISMO PARA IMPULSAR UNA BRUTAL NEO PRIVATIZACIÓN EDUCATIVA	12
➤ MÓNICA G. PRIETO / ENTREVISTA JAVIER MOSCOSO: "NO HAY QUE CONVERTIR MÍTINES POLÍTICOS EN SERMONES EMOCIONALES"	24
➤ ARAM AHARONIAN / ABRÁZAME	45
➤ PEPA BLANES / BOAVENTURA DE SOUSA: "EL TELETRABAJO ES UN TRABAJO SIN DERECHOS"	50
➤ NAIEF YEHYA / CONTEMPLAR Y VIVIR EL APOCALIPSIS	61
➤ MACARENA GUTIÉRREZ / PETER SINGER: "LA PANDEMIA HA DEMOSTRADO QUE NO TODAS LAS VIDAS VALEN LO MISMO"	78
➤ OMELIO BORROTO LEISECA / ENTREVISTA IGNACIO RAMONET: EL MUNDO DE HACE UNOS MESES, DESAPARECIÓ	86
➤ SILVIA RIBEIRO / ¿COMIDA DIGITAL? NO, GRACIAS	92
➤ ALEJANDRA CIRIZA / CUIDAR, COCINAR, LIMPIAR, TRANSITAR HACIA LA MUERTE EN TIEMPOS DE COVID 19	96
➤ ISAAC ENRÍQUEZ PÉREZ / LA CONSTRUCCIÓN DE LAS DECISIONES PÚBLICAS EN LA ERA POST-PANDÉMICA	105
➤ ISAAC ENRÍQUEZ PÉREZ / ODA A LA DOCENCIA EN LA ERA POST-FACTUAL	117
➤ LEONARDO BOFF / CÓMO CUIDAR DE SÍ Y DE LOS DEMÁS EN TIEMPOS DEL CORONAVIRUS	123



Desterrados casi por completo de la esfera de lo real inmediato — acaso fuera incluso de la historia humana y arrastrados por la lógica impersonal y atávica del mundo—, nos sumimos en el tiempo liso de la espera, apenas matizada por nuestras excursiones de vietcongs al supermercado o la farmacia. E incluso estas nos sirven para comprobar una nueva forma de pacto social hecho de medrosas distancias y de manipulaciones cautelosas. Porque el daño se ha instalado como posibilidad improbable en la redescubierta y riesgosa materialidad del aire; en las cosas convertidas en eventualidades de un mal sin conciencia y por lo tanto sin moral; y en los otros, transformados en incierta condena, en la amenaza portátil de un vértigo impalpable.

*El otro en aerosol, vuelto vestigio,
metiéndose en nosotros por la boca.
Tocar es hoy un verbo tenebroso:
oculta va la muerte en cada cosa.*

Lo que importa señalar aquí, en esta modesta fenomenología, es el modo en que el deseo de tocar como instancia previa de poseer, fomentado hasta el cansancio desde que el mundo es capitalista, se ve de golpe interdicto. Y cómo la inevitable suspensión de esa interdicción debe ser luego subsanada cuando, al llegar a casa y, tras despojarnos, como un astronauta luego de una caminata espacial, de calzado y vestimenta presuntamente contaminados, nos dedicamos paciente y cautelosamente a destocar, por así decirlo, cada producto, cada objeto, intentando borrar, con detergentes, jabones y desinfectantes, una amenaza que es impalpable pero en la que debemos creer con agobiada fe sanitaria. Y es esa misma fe la que nos lleva a rubricar el ritual con abluciones laicas, restregando vigorosamente nuestras manos, buscando redimirlas, por fin, de la culpa de no haber podido no tocar.

**Guillermo Saavedra (poeta, crítico y editor),
“Pandemia y Sensoriedad”.**



PRESENTACIÓN

CÉLIDA GODINA

Han pasado cinco meses desde que comenzó la pandemia. Quienes podemos vivir confinados hemos notado que nuestra percepción del tiempo ha cambiado. No es fácil recordar el día, la fecha, tampoco controlar los horarios, pues los quehaceres de la casa, la familia y el trabajo a distancia comen las horas.

Salir a comprar lo necesario para seguir en confinamiento se vuelve una aventura. Observar a la gente que camina, que aborda el transporte público hace pensar que todo sigue su normal curso, pero es el tapabocas que portan algunos quien nos recuerda que el virus está aquí, entre nosotros, virus que para unos es letal, para otros es un castigo de Dios, para otros más no existe. Además, hay quienes hablan de la pandemia como idea del grupo Bilderberg, el cual está conformado por las 130 personas más influyentes del mundo, que aplicando el malthusianismo crearon el coronavirus para deshacerse de una parte de la población mundial pues su objetivo es imponer un gobierno mundial y una economía planificada que sea solamente para unos cuantos.

Ver a la gente caminar con desenfado “como si” no pasara nada resulta extraño para quien cree estar al tanto de lo que acontece en el mundo. Las cifras de muerte, contagios y hospitalizaciones se cuentan

por millones en la información recibida a diario y por diferentes medios. Diferentes noticias han dado cuenta de la acusación que pesa sobre el presidente de Brasil, Jair Bolsonaro, por "invisibilizar" los muertos por COVID-19. De Estados Unidos sabemos que el presidente Donald Trump y el doctor Anthony Fauci discrepan sobre la letalidad del virus; Fauci es quien dirige el Instituto Nacional de Alergias y Enfermedades Infecciosas y es uno de los miembros del grupo de trabajo sobre coronavirus de la Casa Blanca y se ha enfrentado continuamente a los dislates y falsas interpretaciones que Trump tiene sobre la pandemia.

El mundo pospandemia se muestra inquietante, no sólo el miedo a la muerte ronda la existencia humana, pues la amenaza de otros virus está latente. También preocupa que nada cambie y se siga tomando como gasolinera a la naturaleza, lo que hace urgente repensar la forma en que debemos entablar un nuevo vínculo con ella a partir del cuidado de la biodiversidad y del replanteamiento de los modos de producción y consumo en el mundo capitalista. La pérdida del empleo formal e informal a nivel mundial no es un dato menor, se han perdido millones de trabajos, la pregunta obligada es si éstos se recuperarán cuando la economía se estabilice. Ni qué decir de la educación virtual que abrió más la brecha social y tecnológica que excluye a millones de seres humanos de su derecho humano a la educación.

Otro tema candente es la hipervirtualidad, que hace uso de tecnologías tales como el 5G, la robótica, la inteligencia artificial, la computación cuántica, la realidad virtual, y el blockchain entre otras. Si no ponemos máxima atención en esta nueva forma de vida es posible

que caigamos al abismo de la *ignorancia tecnologizada*, a la sociedad de la vigilancia y al control total de nuestra vida.

De acuerdo con neurocientíficos la pospandemia tendrá que convivir con el trauma social de la peste, del confinamiento, del miedo al contagio, miedo a la enfermedad como tal y a la muerte. Estos especialistas hablan de la necesidad de restaurar los lazos en un tiempo signado por la incertidumbre, de ahí que el argentino Facundo Manes afirme que el debate en este momento es sobre la angustia y el hartazgo social que impiden la acción de las personas, las inmovilizan y la salud mental queda profundamente dañada. Este neurocientífico considera que la empatía y la resiliencia son las mejores herramientas para sobreponerse de este trauma, pues si la fragmentación social continúa y el “sálvese quien pueda” se instala, sería el desastre.

Desde la fenomenología de la existencia abordamos la reflexión sobre esta crisis pandémica, en ella aparecen las antinomias muerte y vida, lucha y ayuda mutua, azar y sentido, culpa y purificación, cada una de ellas conforma una situación límite, en el sentido del filósofo alemán Karl Jaspers. La pandemia ha mostrado que la vida se realiza en la muerte. Abrimos los diarios y las noticias giran sobre los muertos que deja la peste a su paso, sea en los hospitales, en las casas, en los asilos, en la calle... Los sistemas públicos de salud se han visto rebasados, los enfermos no caben en los hospitales, pero tampoco en las morgues, en las funerarias, en los incineradores. Los hospitales privados han subido sus costos de marzo a la fecha, sólo la gente con mucho dinero puede pagar precios exorbitantes, la población en general si quieren ser

atendidos en estos hospitales tiene que dejar las escrituras de una casa, la propia o de la persona que los acompañe para ser hospitalizados.

Un tema recurrente es el duelo sin despedida, sin ritos en la época del virus. La muerte de un ser querido es un suceso trascendente, doloroso en nuestra existencia. Casi nadie está preparado para decir un adiós definitivo a quien amamos. El duelo es una emoción que se da naturalmente por la pérdida de un ser querido. Con la muerte del otro aparece el dolor, la incredulidad, la impotencia, el bloqueo emocional, la cólera, la culpa, la desesperación, la ansiedad, el estado de shock, el miedo, la confusión, la falta de concentración, la tristeza, la falta de interés de nada e incluso alivio. Sin embargo, la pandemia se ha llevado estas emociones, la muerte del ser amado pasa a segundo plano y aparece el miedo a la propia muerte. Esta situación límite nos lleva a pensar: sigo yo, y comenzamos a vivir un duelo extraño, nuevo, el duelo por la muerte propia. Las actitudes ante tan enorme amenaza son distintas en cada persona, hay quienes afirman la vida siguiendo consejos de cuidado que aparecen por todas partes, de ahí la prudencia, la precaución para conservar la salud, la vida. Otros caen en la fatalidad "al fin y al cabo de algo me tengo que morir" y no se cuidan.

El filósofo argentino Diego Tatian en un artículo titulado "Lucreciana, pasajes de la peste", se pregunta qué dejará tras de sí el pasaje de la peste. Esta pregunta nos vuelve a la necesidad de un pensar humanista pues la racionalidad instrumental imperante no da consuelo al ser humano, al contrario, lo ha llevado a vivir en el nihilismo y en un momento como éste, se necesita algo de qué agarrarse. Tatian sostiene

que “Más que nunca tal vez las humanidades deberán afrontar una pregunta que les concierne en esencia y extremar una autoexigencia reflexiva respecto de sí: ¿qué tienen las humanidades por decir —en sus lenguas muertas y en sus lenguas vivas— de la propagación de la muerte que se halla en curso? ¿Qué de la precarización de tantas vidas que produce el capitalismo en su inscripción neoliberal, y que la peste revela en su extremo como un resplandor letal que ilumina lo que ya estaba ahí?”.¹ Este autor piensa a las humanidades como resistencia. Pero ¿a qué hay que resistir?

Lo primero: resistencia a una humanidad sin humanidades. Un mundo sin humanidades: es decir sin custodia de lo amenazado en la humanidad, sin memoria, sin imaginación narrativa —indispensable para una justicia que no confunda imparcialidad con inhumanidad—, sin crítica, sin obstáculos a la “atrocidad que castiga con la miseria planificada a millones de personas” y las destina a una vida dañada, sin protección de lo raro en la cultura y de lo diverso en la sociedad... Un mundo sin humanidades es también uno en el que las humanidades cumplen una “función compensatoria”, una miserable indemnización cultural por el saqueo de las vidas.

Con la palabra humanidades quisiéramos evocar aquí no solo el estudio público de lo que los seres humanos han hecho y pensado, sino una protección del sentido que los seres humanos fueron capaces de acuñar en su diálogo con la finitud y con la muerte. No solo —ni principalmente— lo que vuelve objetos de ciencia a los documentos, los monumentos y los vestigios de la aventura humana en la historia, sino también objeto de pensamiento a las acuñaciones de sentido

¹ Revista *La Biblioteca*, otoño 2020, pp. 120-141.

obtenidas de la experiencia de la fragilidad del bien, de las preguntas que aloja el ser en común y los derechos que consideramos humanos.²

Para Diego Tatian las humanidades, además de una disciplina que nos interpela, son un diálogo que abre a la posibilidad del “cuidado del mundo”. Cuidar, sí cuidar es la palabra clave en la hora actual del mundo, es la lección más importante que debemos aprender de la pandemia, del confinamiento, pues de continuar con la forma en que hemos vivido durante los dos últimos siglos acabaremos con la vida en nuestro planeta. Por esta razón creo urgente que pugnemos por las humanidades ante los embates del pensamiento tecnocientífico y la cultura del capital. A diferencia de éstos, el pensamiento humanista muestra el camino para cuidar del mundo, cuidarnos a nosotros mismos, a “vivir el cuidado como preocupación por nuestro propio destino”. Con las humanidades redescubriremos la importancia de la cooperación, del bien común, del “sentido de estar juntos”, como diría Leonardo Boff *cuidarnos personalmente y cuidar a los demás para que podamos salvarnos juntos*, ante cualquier amenaza que se avecine.

Puebla, México, 29 de julio, 2020

² Diego Tatian, Revista *La Biblioteca*, otoño 2020, pp. 137-138.





COVID-19: OPORTUNIDAD DEL NEOLIBERALISMO PARA IMPULSAR UNA BRUTAL NEO PRIVATIZACIÓN EDUCATIVA

LUIS BONILLA MOLINA

24 de julio, 2020

Escalamiento del Apagón Pedagógico Global Desde el año 2015 venimos denunciando el riesgo que ocurriera un Apagón Pedagógico Global (APG). Advertíamos que este APG tendría una expresión concreta en la virtualización y la relocalización en la casa de una parte importante de los procesos de enseñanza-aprendizaje. No lo decíamos por tremendismo, sino porque esta tendencia al APG había sido anunciada en varios documentos de [...]

Escalamiento del Apagón Pedagógico Global

Desde el año 2015 venimos denunciando el riesgo que ocurriera un **Apagón Pedagógico Global (APG)**. Advertíamos que este APG tendría una expresión concreta en la **virtualización** y la **relocalización en la casa** de una parte importante de los procesos de enseñanza-aprendizaje. No lo decíamos por tremendismo, sino porque esta tendencia al APG había sido anunciada en varios documentos de las Bancas de Desarrollo y de los organismos multilaterales. Sin embargo, buena parte de la izquierda pedagógica

desestimó este escenario al considerarlo improbable. Comprender esta realidad implicaba reconocer que estamos ante un **reseteo planetario de la cultura educativa**, lo cual desafiaba muchas de las certezas construidas en el campo de las alternativas pedagógicas. La más reciente publicación del Foro Económico Mundial de Davos "**COVID-19: el Gran Reseteo**" (julio, 2020) confirma las valoraciones y análisis prospectivos que hacíamos hace años.

Siempre señalamos responsablemente, que no sabíamos cuál sería el evento o el mecanismo para ello, pero que la tendencia del capitalismo cognitivo de la tercera revolución industrial apuntaba en esa dirección. El **COVID-19** se convirtió en el evento que construyó las condiciones de posibilidad para el desarrollo a escala planetario del Apagón Pedagógico Global.

La **transición entre la tercera revolución industrial a la cuarta revolución industrial hizo inminente el APG**. Esta transición comportaba la consideración, por parte del capital, de la **obsolescencia de la máquina educativa newtoniana de la primera y segunda revolución industrial**. Obsolescencia determinada por el impacto de la **aceleración de la innovación** en los procesos educativos.

La cuarentena sanitaria por la pandemia del COVID-19 obligó a generar respuestas en materia de escolaridad y educación. Las medidas educativas elaboradas por las burocracias de los ministerios de

educación, fueron construidas a partir de la apelación al concepto de "emergencia". La real emergencia sanitaria, fue usada para desarrollar un giro inusitado, dramático y excluyente en la educación. La llamada emergencia educativa sirvió de pretexto para que en la mayoría de países se intentara dar continuidad a las labores escolares, ya no en las escuelas, liceos y universidades sino "en casa" y por mecanismos remotos, en su mayoría codificados al público bajo las expresiones de **"educación virtual en casa, "universidad en casa"**.

El paradigma neoliberal de la sociedad educadora

Esta "nueva Realidad" nos obliga a revalorar el paradigma educativo neoliberal de la **"sociedad educadora"**, que desembarcó con fuerza en la región en la década de los ochenta del siglo XX. Esta iniciativa, en la era de la **transnacionalización del capital** y de la **mundialización cultural** contemplaba la intención de ir transfiriendo a las familias, docentes y estudiantes, las condiciones mínimas para el cumplimiento al derecho a la educación.

El fortalecimiento de los mecanismos para garantizar el pago de las matrículas y "colaboraciones para las sociedades de padres y representantes" en las escuelas públicas, sirvieron como caballo de Troya para intentar recargar en las familias los costes del mantenimiento de los planteles escolares, las actividades extraordinarias, los docentes suplentes, etc., en la ruta para que las madres y los padres fueron asumiendo la responsabilidad educativa que correspondía a los Estados.

Cada vez más se le fue transfiriendo a las familias muchas de las responsabilidades que otrora habían asumido los Estados.

Esta intención pudo concretarse solo parcialmente y de manera desigual en los países de la región, gracias a la movilización del magisterio, los profes universitarios y los estudiantes; las familias lo hicieron en menor medida, atrapadas por **la cultura evaluativa de la calidad educativa**.

La exigencia de mayores aportes a los sistemas escolares por parte de las familias se encubría con el discurso funcional de la co-responsabilidad para alcanzar una educación inclusiva de calidad, algo que se convertía en un chantaje funcional para la desmovilización de las familias. Esa "noción" de la co-responsabilidad comporto un salto en la construcción de hegemonía, sobre la necesidad que los Estados "compartieran" con las familias los costes de la educación pública. Esta operación de propaganda, abrió las puertas a reformas en las constituciones nacionales y las leyes de educación que implicaron un abandono drástico de las responsabilidades del Estado, encubiertas con discursos progresistas.

La obligación de los Estados en garantizar las condiciones mínimas para el derecho a la educación

Desde una perspectiva emancipadora y de Estado Docente, la responsabilidad de garantizar el derecho a la educación es de los Estados Nacionales. Es decir, los Estados entre otras cosas, deben garantizar

que **a)** el presupuesto destinado a la educación no sea inferior al 6% del Producto Interno Bruto o menor del 20% presupuesto público; **b)** exista una **legislación educativa** que garantice el acceso universal a la escolaridad y en igualdad de condiciones, por lo menos, a los estudiantes de educación inicial y primaria. En algunos países esta obligación se extiende al bachillerato; **c)** elaborar los planes de estudio y los modelos de enseñanza-aprendizaje que garanticen un aprendizaje contextualizado a cada realidad, **desafíos epocales** y necesidades de la población; **d)** construir la **infraestructura** necesaria (escuela, liceos, preescolares, universidades) para garantizar la igualdad de condiciones de aprendizaje; **e)** dotar las escuelas, liceos y universidades de los **elementos, equipos y contenidos inherentes a la aceleración de la innovación** y garantizar que todos los y las estudiantes tengan las mismas condiciones de acceso a estas tecnología y conocimientos; **f)** desarrollar una **continua actualización de la formación inicial y permanente de los y las docentes** que permita garantizar el papel de la escuela como **institución democratizadora del conocimiento entre los sectores populares**.

Previo a la pandemia, muchas de estas condiciones mínimas de partida no eran cubiertas por los Estados nacionales, lo cual generaba resistencias, movilizaciones y denuncias del movimiento magisterial y estudiantil.

La desinversión en educación y la precarización de las condiciones de trabajo de los y las docentes actuaban como disparadores de la premisa neoliberal de abandonar la responsabilidad de los Estados con la educación pública, dando paso al modelo de sociedad educadora.

Debemos tener cuidado que el logro del 6% del PIB como piso mínimo no sea usado en buena medida para la firma de contratos con las grandes transnacionales tecnológicas en materia de contenidos educativos digitales y virtuales, ni para construir la infraestructura base para la transición a la cuarta revolución industrial, escenario en el cual se continúe recargando en las familias, estudiantes y docentes el grueso de la **inversión en equipamiento tecnológico** básico (computadores, laptops, celulares) y la **conectividad** al internet. Subrayar siempre que esto es (y sería) **privatización educativa** y triunfo del **paradigma neoliberal de sociedad educadora**.

En el plano internacional el neoliberalismo educativo cada vez más se aseguraba que en muchos de los protocolos de los organismos multilaterales, el derecho a la educación apareciera sin sus apellidos sustantivos de gratuita, popular, científica y laica. Cada vez más en estos protocolos aparece el compromiso de vincular el sector privado al cumplimiento del derecho a la educación, que no es otra cosa que la transición a la construcción de hegemonía respecto a la **educación como una mercancía**.

El tránsito abrupto de un modelo de educación presencial en las escuelas, al modelo de "educación virtual en casa", de "universidad en casa" y, el temor del contagio mortal, posibilitó un acelerado abandono de las premisas de responsabilidad de los Estados Nacionales que le obligan a garantizar las condiciones mínimas para el desarrollo del derecho a la educación.

La neo privatización educativa en el marco de la pandemia del COVID-19

El Coronavirus aceleró y escaló a una dimensión impensable solo meses atrás, las tendencias privatizadoras de la educación. **El modelo de "educación virtual en casa", de "universidad en casa" que han impulsado los sistemas educativos en América Latina ha comportado una privatización de hecho.** Las responsabilidades de los Estados de garantizar las condiciones mínimas para desarrollar los procesos de enseñanza y aprendizaje han sido abandonadas y se ha entrado en la lógica del neoliberalismo educativo.

Ahora, en el marco de la pandemia del COVID-19 son las familias, los estudiantes y los y las docentes, quienes deben asumir los costes del pago del internet, la suscripción a plataformas privadas para poder dar clases, la compra o reparación de sus computadoras para dar clases. Los Estados se desentienden de su responsabilidad usando el acostumbrado lenguaje de la "vocación docente", de la "mística de los educadores". Se trata de una Neo privatización educativa a escala global.

Muchos de los contenidos educativos en este contexto de "virtualidad en casa", son aquellos que están disponibles en las plataformas privadas. Los y las docentes no fueron formados y no están siendo formados adecuadamente para trabajar en entornos digitales, lo cual ha implicado una serie de déficits y problemas derivados del ensayo y error, de "como va viniendo vamos viendo".

Se pretende culpabilizar de los errores de la coyuntura a los y las docentes, convirtiéndose el Estado en un evaluador que con desenfado traslada su responsabilidad a terceros, usando los criterios de la cultura evaluativa. La culpabilización a los docentes, es una cortina de humo que procura ocultar que se está produciendo una brutal privatización educativa.

Las condiciones en las cuales se están desarrollando los procesos de enseñanza aprendizaje son desiguales y estratificadoras. Muchos estudiantes no cuentan siquiera con una casa donde estudiar de manera estable, otros no poseen familia que les apoyen, la mayoría no tienen textos o acceso a internet, ni computadoras.

La escuela, con sus programas alimentarios procuraba garantizar que todos comieran por lo menos una vez al día, precisamente para igualar las condiciones de partida para aprender a aprender. Las medidas tomadas por los ministerios de educación han roto en solo meses, la conquista social de asociar el derecho a la educación con

garantías de igualdad de condiciones para desarrollar los procesos de enseñanza-aprendizaje.

Esa “nueva normalidad” está siendo poco denunciada, por el contrario, en muchos casos, está dinámica ocurriendo con el silencio cómplice de importantes sectores de la academia y los sindicatos burocráticos patronales. Como en todo proceso de opresión, las resistencias marcan la diferencia y hoy casi un centenar de organizaciones del magisterio en la región, educadores populares y pedagogos críticos han comenzado a denunciar y movilizarse en contra de esta realidad.

Educación de primera para incluidos en la tecnología, educación de tercera para los excluidos de la tecnología.

Para colmo, con el pretexto de la emergencia sanitaria se está produciendo una nueva estratificación de la educación. Los que tienen acceso a computadores e internet, cuyo porcentaje no excede el 50% de la población en América Latina y el Caribe, son los que tienen la posibilidad de participar en la educación remota que intenta darle continuidad a los procesos de escolarización. Estas condiciones previas son las que se venden como logros de acceso a la formación, que en realidad son simplemente acceso a a información actualizada. Se confunde la capacidad individualizada de navegación conducida por la red de internet con aprendizajes.

Los otros y otras, la mayoría de estudiantes, que no tiene acceso a computadora e internet, están recibiendo enseñanza por televisión o radio, con contenidos y metodologías de la televisión educativa de los sesenta del siglo XX, transitando el aprendizaje con una mirada desde el retrovisor, no hacia el presente y el futuro. Esto redundará en nuevas formas de exclusión. Es una educación de segunda para pobres.

Por otra parte, quienes viven en zonas de difícil acceso y precaria conectividad, con limitadas posibilidades incluso de acceder a una señal de radio, están recibiendo una educación por módulos, educación de tercera, que trata de ocultar que les están dejando en los bordes de la marginalidad intelectual.

La apelación a la contingencia y la emergencia para producir esta privatización educativa no tiene justificación alguna, más aún cuando las autoridades educativas desoyeron las advertencias que hicimos desde cinco años sobre un inminente Apagón Pedagógico Global (APG) y la obligación que tenían los Estados para prepararse para escenarios como estos, con la mirada pensada en la inclusión educativa y la justicia social.

La escuela no volverá a ser lo que era

Esta realidad no puede hacer que nos refugiamos de manera conservadora en intentar volver a las condiciones existentes antes de la pandemia. La escuela, liceo y universidad que teníamos en febrero del 2020 tampoco representaban la aspiración de los sectores populares y

críticos, respecto a lo que debería ser una educación liberadora y emancipadora.

Se trata entonces de comprender y trabajar de manera renovada por una nueva escuela gratuita, popular, democrática, laica, científica y **presencial**, que reivindique la tradición y el saber pedagógico acumulado por décadas, pero que sea también sea capaz de empalmar con lo nuevo, lo emergente en clave de resistencia anticapitalista.

Alternativas

Ciertamente lo peor que puede pasar es que un niño, niña o adolescente quede desconectado del sistema escolar. El hecho que consideremos que es necesario un esfuerzo contingente urgente, mediados por la educación por televisión, radio o módulos para los que no tienen acceso a la conexión digital, no nos impide advertir que ello está comportando una nueva estratificación, con un claro sentido de clase.

Son los pobres, las mujeres trabajadoras, la clase obrera, los campesinos, quienes viven en condiciones de marginalidad en los barrios quienes están resultando más afectados por la neo privatización educativa en marcha y la estratificación de la escolarización determinada por el acceso a computadores y conexión a internet.

Las alternativas están en el plano epistémico y en la organización para la resistencia. En el primero, la sorpresa y la sensación de vértigo que esta situación de la cuarentena por el COVID-19 ha causado en

amplios sectores progresistas, nos lleva a afirmar que lo urgente es clarificar lo que está pasando y establecer de manera compartida el horizonte inmediato contra la opresión neoliberal.

Lo segundo, reivindicar que las experiencias de colectivos pedagógicos en las escuelas, liceos y universidades emerge con fuerza como una práctica muy potente para avanzar de manera colectiva, desde abajo, en la comprensión de lo ocurre y la elaboración de resistencias anticapitalistas.

Tercero, fortalecer la unidad de los sindicatos y gremios docentes combativos, con los movimientos de educadores populares y pedagogos críticos para de manera conjunta elaborar una ruta de acciones coyunturales y estratégicas.

Es momento de inventar para no errar.

Fuente: <https://rebellion.org/covid-19-oportunidad-del-neoliberalismo-para-impulsar-una-brutal-neo-privatizacion-educativa/>



ENTREVISTA

JAVIER MOSCOSO: * "NO HAY QUE CONVERTIR MÍTINES POLÍTICOS EN SERMONES EMOCIONALES"

MÓNICA G. PRIETO

18 de junio, 2020

El filósofo Javier Moscoso reflexiona sobre el dolor, las emociones y la autoridad racional, la que nunca –sostiene– "debió abandonarse".

En *Historia cultural de dolor*, hacía un minucioso repaso por las diferentes formas adoptadas por el dolor a lo largo de los siglos y la fascinación que genera esa emoción. En *Promesas Incumplidas*, exploraba la historia de la ambición, el resentimiento, la envidia y los celos, en lo que constituye un repaso a las emociones más vinculadas a la rivalidad, pero también a sus opuestas, como la fraternidad, la compasión o la amistad.

* Javier Moscoso (Madrid, 1966) es filósofo e historiador cultural, pero, por encima de todo, es un estudioso de los sentimientos. Su trabajo disecciona cómo se transforman y se modelan las emociones humanas a lo largo de la Historia y cómo su influencia marca la evolución de la Historia, como demuestran algunas de sus obras. Profesor de Investigación de Historia y Filosofía de la Ciencia del Instituto de Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), Moscoso ha trabajado para instituciones de referencia mundial como el Instituto Max Planck de Historia de la Ciencia, el Departamento de Historia de la Ciencia de la Universidad de Harvard, el Centro Alexandre Koyré y el Centre de Estudios del Siglo XIX en la Universidad de la Sorbona, entre otras.

Su ritmo de publicación de ensayos es tan apabullante como la velocidad y la brillantez de su conversación, incluso en los actuales tiempos de pandemia, donde los sentimientos se exacerban y las certezas parecen ser más relativas que nunca.

Contaba en la *Historia Cultural del Dolor* que los seres humanos solemos ser muy exhibicionistas con el dolor, algo que contrasta con la narrativa creada por los medios en la pandemia. ¿Qué nos ha pasado? ¿Por qué hemos intentado ocultar a los muertos?

Hay una forma de representación del dolor muy propia de finales del siglo XX y principios del XXI, y que tiene que ver con lo que yo llamo en el libro que mencionas el dolor contrafáctico, que implica poner el foco en todos aquellos que no han sufrido pero que podrían haberlo hecho. Es típico de cualquier representación de la tragedia del siglo XX. Se cae un avión y se entrevista a todos los que podían haber viajado en él, se les pregunta qué sintieron...

En el caso de la de la epidemia, estamos haciendo recuento de víctimas posibles, algo desconocido en la historia universal de las pandemias. Nunca se había contado una pandemia calculando no los muertos, sino los muertos que podrían haber ocurrido. Es algo absolutamente fascinante, es el modo subjuntivo y completamente contrafáctico del dolor, que tiene que manifestarse, no solamente ponerlo a la luz, en este caso centrándonos en los no muertos y olvidándonos de los muertos, sino también pensar en por qué ocurre esto.

"Se nos está educando en la idea de que la mera percepción de algo ya es una realidad"

Hay muchas emociones y mucha política involucrada. Creo que tiene que ver con una preeminencia de los vivos sobre los muertos, nuestra imaginación proyectiva, con nuestro propio sentimiento del propio ego, la necesidad de construir un relato posible de lo que nos imaginamos que podría haber ocurrido, incorporando nuestros modelos matemáticos y estadísticos para apoyar, de alguna forma, nuestra propia situación presente.

Se trata de un fenómeno en parte conocido desde la antigüedad. Es enormemente grato ver las desgracias que ocurren a los demás porque de alguna forma estimula nuestro propio sentimiento de salvaguardia, pero es todavía mejor pensar que nosotros, además, somos protagonistas de una historia de lo que podría haber ocurrido y, en consecuencia, somos héroes en una de las posibilidades de un relato.

Esta es una de las características de nuestra presente pandemia y es verdad que los historiadores y muchos filósofos se han dedicado, con razón, a buscar similitudes en otro conjunto de pandemias, o en otras catástrofes, pero las diferencias son muchas. Una de ellas, como tú mencionas, tiene que ver no solo con la idea del dolor contrafáctico y del universo posible sino con la ocultación de la muerte, la ocultación de los verdaderos protagonistas. Es absolutamente fascinante, desde el punto de vista cuantitativo, que en el siglo XXI seamos incapaces de ponernos de acuerdo sobre cuántas personas han fallecido. Es la primera

gran pandemia en donde tenemos todos los procedimientos cuantitativos a nuestro alcance para establecer claramente cuál es la magnitud de la tragedia, a la hora de contar muertos, y sin embargo no haya hechos claramente establecidos. No se sabe el número ni tampoco se visualizan los muertos.

Al principio, si recuerdas, se veían los muertos de otros: aparecían los ataúdes de Italia, u otros lugares, pero no los nuestros. No se puede pretender asustar o engañar a la población. Si lo comparamos, por ejemplo, con otras representaciones de la peste en Europa, es todo lo contrario: en aquellas lo que aparece es continuamente la presencia de la muerte. Es la muerte la gran protagonista, con independencia de otras características, y es la muerte la que produce el efecto emocional.

¿Cómo afecta la ausencia de duelos y entierros a la gestión del dolor a nivel individual y social?

La gestión de la muerte ha estado más encaminada a una gestión meramente política que emocional. Parecía que el duelo solo podía ser colectivo, que solo podía ser común. Además, ha transformado inmediatamente a las víctimas en héroes, lo cual es fascinante desde muchos puntos de vista porque no se puede pretender que, por morir de enfermedad, una persona tenga que ser honrada socialmente. Lo que hace falta es honrar a los vivos que han tenido responsabilidad en la gestión de la pandemia, pero no necesariamente a los muertos.

«Lo que hace falta es honrar a los vivos que han tenido responsabilidad en la gestión de la pandemia, pero no necesariamente a los muertos»

Esta especie de visión política de la pandemia también es fascinante, y también es algo absolutamente desconocido en la historia general de las crisis sanitarias. En las pandemias anteriores, había dos posibilidades, quedarse o huir, y era honrado el que se quedaba. En esta ocasión, sin embargo, los más honrados, aquellos que han estado en boca de todos han sido los desaparecidos, los muertos, a los que de alguna forma se honra como héroes nacionales aunque, sin embargo, el duelo privado nos ha sido arrebatado. Incluso en el ámbito público han salido muy pocas personas denunciando que no han podido tener duelo, que no podían acompañar a su fallecido.

Esta epidemia no solamente ha adquirido una dimensión política muy grande, también una dimensión publicitaria tremenda en los medios de comunicación. Es una epidemia retransmitida en directo con todo lo que eso significa, con un relato hegemónico que yo creo que implica una connivencia muy grande entre lo que es en el nuevo periodismo, que considero absolutamente despreciable en casi cualquier forma, y la nueva política, de la que tengo una opinión muy similar, cualquiera que sea el signo, con independencia de que pueda tener buenas intenciones.

Podría poner muchos ejemplos. En el caso del periodismo, estamos asistiendo a un fenómeno muy interesante desde el punto de vista de nuestras características emocionales y cognitivas. El periodismo se sustenta en la idea de que dice la verdad, y como la dice, puede contar

la verdad de cosas irrelevantes. La mayor parte de las noticias han sido irrelevantes. Sin embargo, muchos de los asuntos de interés público no nos han llegado. Podemos tener la misma noticia, el mismo mantra repetido una y otra vez bajo el pretexto de que se trata de una noticia verdadera y que se corresponde con los hechos y, sin embargo, se nos ocultan, como acabamos de mencionar, los cadáveres en los centros, la información de primera mano de lo que ocurre en las UCI o muchas otras cosas relevantes.

Dentro de la perspectiva de lo que es la necesidad de información, hubiera sido más sencillo que hubiera habido la posibilidad de llegar a distintos lugares, desde los medios más diversos, pero casi todos han hablado siempre, todo el tiempo, de lo mismo, sin mayor amplitud de miras, bajo el pretexto de que es verdad.

Decía Víctor Hugo que, en momentos de crisis, el miserable buscará su oportunidad tanto como en el héroe la suya. ¿Ha exacerbado esta contingencia lo peor y lo mejor de cada uno de nosotros?

Vivimos en una sociedad muy adolescente desde el punto de vista emocional. Creo que estamos presenciando el rebrote de un nuevo tipo de autoridad, una forma conocida aunque no ha sido explícitamente formulada. Normalmente los sociólogos distinguían tres tipos de autoridad. La primera sería la tradicional, basada en el uso de la fuerza, en la coerción, en las multas, etc., como se ha revelado en el estado de alarma, donde quedaba muy claro quién tenía el ejercicio de la

autoridad. La segunda sería la autoridad racional: se obedece porque a cada individuo se le convence de que es lo mejor, y la tercera sería la autoridad carismática. "No me obliguen a usar la fuerza, no es necesario que los convenza, simplemente créanme, porque tengo el carisma, las cualidades éticas morales y políticas suficientes como para me crean".

Pero yo distinguiría otro tipo de autoridad, la sentimental, que apela a lo que serían los sentimientos propios de cada uno. No obedecemos porque nos dé miedo el castigo, ni porque estemos convencidos, ni porque sigamos ciegamente a un líder, sino porque nos dicen que, si no lo hacemos, vamos a ser moralmente cuestionados. Esta idea, muy adolescente y ligada al catolicismo y al sentimiento de culpa, tiene la contrapartida de la recompensa y el castigo emocional. Si no obedeces, eres un mal ciudadano, si lo haces, serás un héroe que despertará simpatía, serás una persona exitosa en el clan social al que pertenecemos.

"Si solo cuentan los sentimientos, al final a quien se le hinche más la vena, o quien tenga más seguidores, es quien tiene la razón"

Este tipo de expresión de la autoridad sentimental está en la raíz de muchos de los acontecimientos que hemos visto, como la manipulación emocional, para bien o para mal. Alguno puede pensar que aplaudir a las 20.00 es algo positivo, pero una cosa es lo que sentimos en nuestro fuero interno, y otra cosa es lo que observamos los científicos sociales desde fuera. A mí me parece que fue manipulación emocional, como lo que ha venido después, o casi al mismo tiempo: las caceroladas, la

policía de balcón, el odio al vecino que no se comporta de acuerdo con los estándares, el periodista convertido en delator, el señalamiento de aquellos que merecen nuestro oprobio...

De nuevo, el mundo de las trincheras donde hay unos que supuestamente deben ser objetos y sujetos de nuestra conmiseración social y otros que deben ser objetos y sujetos de nuestro desprecio emocional. Y esto es muy peligroso. Cuando se promueven las emociones desde los poderes públicos o la prensa, uno sabe cómo empieza la historia pero no cómo acaba. Hay quien ya se ha dado cuenta de que, quizás, hay que templar los ánimos, porque empezamos a olvidarnos de que los problemas pueden resolverse con lo que nunca debió abandonarse, la autoridad racional.

No había que sostener ningún otro principio más que la presentación de los hechos, el ejercicio riguroso del razonamiento, el convencimiento de la opinión pública de por dónde debía ir su actitud para resolver un problema sanitario. No había que convertir mítines políticos en sermones emocionales, porque las emociones son muy difíciles de gestionar y porque, a mi juicio, se trata de un ejercicio inmaduro de la política, que subyace detrás de las políticas populistas sean del corte ideológico que sean; son siempre la misma estructura de gobierno mediante el sentimiento, la apelación al fenómeno de trinchera, lo que impide poner razones y argumentos encima de la mesa.

¿No implica eso un retroceso en la sociedad? Durante la democracia, en España, se ha empleado la autoridad racional,

incluso la carismática, pero no la sentimental. ¿Por qué somos más susceptibles a que nos manipulen emocionalmente si ahora tenemos mucha más información de la que teníamos, por poner un ejemplo, tras la Transición?

No tengo la respuesta. Creo que, como todo, hay elementos positivos y negativos en los nuevos medios de comunicación. Normalmente, los asuntos que me interesan como científico social están ligados a avances tecnológicos. No sería lo mismo la peste europea del siglo XVI sin la imprenta, porque permitió visualizar y dar a conocer diferentes testimonios. Podemos disfrutar viendo *El Triunfo de la Muerte*, de Pieter Bruegel, en el Prado, pero no suele ir a verlo todo el mundo. Y, sin embargo, gracias a la imprenta se pueden hacer afiches. No hay que perder de vista la relación entre el espacio político y los medios tecnológicos. Y creo que Internet y las redes sociales tienen un papel fundamental a la hora de explicar lo que yo considero que es la infantilización progresiva de nuestro mundo.

El principio de autoridad racional es el único que debería ser democráticamente aceptado como principio básico de autoridad en las sociedades avanzadas, pero no es así porque hay muchas personas a las que solo se puede convencer con los sentimientos. Además, no es así porque es un procedimiento desjerarquizado, para bien y para mal. La opinión de un experto vale tanto como la opinión de un bloguero y cualquiera puede decir lo que quiera sin que tenga repercusión en la gestión del razonamiento o en la presentación de evidencias. Dicho de

otra manera, la persuasión es más importante que la demostración y, cuando se llega al extremo de hacer política basándose en que lo importante es persuadir, estamos todos perdidos, porque se apela a mecanismos emocionales. Cuando no tenemos razonamientos, usamos emociones, como hacen los niños. O como hacen los indignados.

Parece una mala combinación esa indignación generalizada que se ha instalado en la sociedad, como bien señala en varios de sus artículos, y la manipulación emocional.

La indignación es un argumento persuasivo extraordinario. No hay que quitarle mérito porque no hay nada mejor que el cuerpo de una persona convertido en tabernáculo de la justicia. Cuando uno se indigna, su cuerpo, con independencia de su razón, no es capaz de soportar la visión mera de la injusticia, las venas se hinchan, la cara se enrojece... Es un argumento fantástico que explica el régimen de expresividad de algunos de nuestros líderes políticos en la actualidad. Están permanentemente indignados porque es un argumento casi cristológico, te convierte en una especie de salvador, pero tiene muchos inconvenientes, entre ellos que no pertenece a derechas o izquierdas, ni a la monarquía ni a la república, no es una prerrogativa de la opción política.

"La indignación es un problema muy serio relacionado con la infantilización de nuestro mundo contemporáneo, y con la forma de sentimentalizar la política que nos lleva, irremediablemente, a la trinchera"

El problema es que la indignación establece un juicio de valor que puede ser falso. Nos podemos indignar ante algo que es mentira, o que no es de la forma que considero que ocurre, pero eso también forma parte de nuestro mundo contemporáneo. Se nos está educando en la idea de que la mera percepción de algo ya es una realidad. Es decir, si te sientes de una forma, es tu identidad. El sentimiento se está convirtiendo en un grandísimo principio de autoridad. Si te sientes catalán, lo eres, o si te sientes mujer, lo eres. El problema es que te puedes sentir Napoleón y no serlo, o sentirte injuriado sin que haya habido injuria, puedes sentirte indignado pero que tu indignación se apoye en un juicio de valor equivocado.

Esto es un problema muy serio relacionado con la infantilización de nuestro mundo contemporáneo, y con la forma de sentimentalizar la política que nos lleva, irremediablemente, a la trinchera, porque al final no hay una puesta en valor de las razones que nos permiten discutir en un plano de igualdad racional. Si cuentan los sentimientos, al final a quien se le hinche más la vena, o quien tenga más seguidores, es quien tiene la razón.

Sobre todo, en un momento en el que las redes permiten encontrar una causa a medida de cada indignado, y cuando resulta posible confirmar las convicciones sin necesidad de que sean más que conjeturas. ¿No es una contradicción que esto nos ocurra en el momento de la historia en el que estamos mejor informados que nunca?

No es verdad que estemos mejor informados que nunca. Hay que distinguir dos cosas en el contexto de la información, el régimen de verdad de una noticia y el régimen de relevancia. Estamos inundados de noticias falsas irrelevantes, y nos falta o se nos escamotea la posibilidad de tener noticias relevantes. A mí me parece fascinante la ausencia de datos sobre lo que ocurría en otras partes del mundo al principio de la pandemia. Era más importante lo que ocurría localmente, era todo tan parroquiano, que me preguntaba cómo era posible que nuestros periodistas no estuvieran continuamente refiriendo datos de otros países con los que compararnos, y que en lugar de eso repitieran la misma información o la misma idea, unos y otros.

Por otro lado, toda esta situación de lanzarse los muertos los unos a los otros que se vive en España me parece absolutamente deleznable, el colmo de la impudicia. En una epidemia donde al principio los muertos fueron invisibilizados, ahora se buscan responsables de los muertos de uno y otro signo político. Y, sin embargo, este tema es el único tema. De quién es la responsabilidad de los muertos de esta comunidad o esta otra. Y otras cosas no se mencionan. Un ejemplo: desde el punto de vista de la ciencia, ha habido un exceso de publicaciones –algo habitual en tiempos de crisis– y se han relajado enormemente los criterios de calidad de los artículos, lo cual ha llegado a ser señalado en un artículo de la revista *Science*, que temía estar poniendo en serio riesgo la credibilidad de los científicos.

¿Cuántas noticias se han publicado de esto? Si nos parapetamos tras los expertos, ¿no deberíamos preguntarnos qué tipo de expertos tenemos, o quién evalúa a esos expertos? Eso implicaría hacer un periodismo de investigación serio, en lugar de parapetarse tras anécdotas que pueden ser verdad, pero que son irrelevantes, y profundizar algo más en el clima intelectual o emocional de la pandemia.

Por otro lado, parece que se había extendido una convicción subjetiva de nuestro derecho a la felicidad, asociábamos la enfermedad a una adversidad y no a una experiencia. Incluso las desgracias, las guerras, correspondían a otros pero nunca a nosotros.

Antes hablábamos de las epidemias en el Renacimiento, con una descripción muy física, muy corporal. En la Ilustración cambia hacia donde señalas. Si vivimos en un mundo racional, ¿cómo es posible que ocurran terremotos o pandemias? Como herederos de los valores ilustrados mantenemos esa línea, y creo que ha habido una reactualización de esos valores en sentido positivo y negativo. El negativo es que pensemos que las cosas solo les ocurren a otros. Y eso deriva en cosas tan horripilantes como que algunos filósofos recopilaran textos en algo que se llamó *Sopa de Wuhan*.

No nos damos cuenta de hasta qué punto tenemos interiorizada no sé si la xenofobia, pero sí el complejo de superioridad occidental que cree que los desastres les ocurren a otros, porque vivimos en el mejor de los mundos posibles. Es parte del drama de la Ilustración: si algo ocurre en

China no nos importa porque está muy lejos. Ahora bien, creo que hay defender y procurar la felicidad, o el Estado de Bienestar, no sé si de la felicidad, en cualquiera de sus variantes. Y ahí está la defensa material del Estado de Bienestar, intentar por todos los medios que no quede desamparada en la pandemia. Tiene que ver de nuevo con el viejo humanitarismo ilustrado y es positivo en sus efectos, no en su justificación.

No soy partidario de que venga impulsado por el sentimiento de compasión o empatía, lo que repite una y otra vez el jefe del Gobierno, porque estoy en contra de sentimentalizar la política. Basta mencionar una palabra mucho más clara: justicia. Hay que hacerlo por justicia. Pero aunque prefiera otro discurso, el fondo es positivo. El problema es que ahora vivimos una época que reivindica el nuevo estoicismo, reivindicando que la felicidad es la imperturbabilidad ante las condiciones externas, y eso me parece peligrosísimo, un fenómeno que se materializa en vendedores de humo neoestoicos, acompañados de la industria de la felicidad ligada al neoliberalismo capitalista.

En una entrevista, el cooperante Jordi Raich comentaba que el caos puede ser sostenible. Es decir, una persona que haya nacido y crecido en guerra no ve nada extraño en un entorno extremo. Sin embargo, en Occidente existe la sensación de que nosotros no podríamos pasar por ciertas situaciones. ¿Por qué dudamos de nuestra propia resiliencia?

No sé si estoy de acuerdo con la premisa de la que parte tu pregunta. No creo que nos planteemos en Occidente condiciones de vida muy diferentes a las que tenemos, se parte de la premisa de que la escala social va a ser a mejor, y en caso contrario no irá a peor durante mucho tiempo. Quizás no haya que ir más allá de nuestras fronteras, sino hacerse otras preguntas. ¿En qué condiciones cabe plantearse, viendo lo ocurrido en las residencias de ancianos y dada la curva demográfica, cuál es el futuro que nos espera a muchos en el corto plazo? Si eso lo ligamos a la devaluación de las pensiones, ¿qué va a ser de la generación que nos estemos jubilando en 15 o 20 años? No se entra en esa posibilidad, y es totalmente posible.

Sí estoy de acuerdo en que la adaptabilidad es una condición humana, y que forma parte de nuestra inteligencia, pero no creo que tengamos que convertir la resiliencia en un valor. Hay otras formas de resistencia que no son individuales, pero pueden ser igualmente útiles, como el asociacionismo político o la negativa a aceptar determinadas injusticias. Hay muchos movimientos sociales que creo que deben ser puestos en valor porque están relacionados con esa negativa a la resiliencia, a la decisión de no tolerar más algún tipo de injusticia. Los movimientos de naturaleza corporativa o asociativa, a los que se pueden achacar algunos excesos, parten de un principio a mi juicio legítimo, que es decir "no, lo mismo que me sucede a mí le sucede también a otros y no solo puedo hablar en mi nombre, sino también en el de los demás para poner fin a un determinado tipo de injusticia".

Ahora bien, ¿puede dar lugar a excesos? Sí. ¿Tiene que basarse no solo en el sentimiento de injusticia? A mi juicio, por supuesto. ¿Debe tener en cuenta el sistema de Derecho? No hay otra opción. Pero no quiere decir que algunas de estas reivindicaciones, ya sean del movimiento feminista, los *chalecos amarillos*, *Black Live Matters* o los yayoflautas no sean legítimos. Siguen siendo positivos porque no aceptan una injusticia, y no deben ser desconsiderados, porque tienen razón. Intentan convencer a una persona en situación de injusticia que debe seguir viviendo en esa situación porque puede adaptarse a ella me parece muy peligrosa.

¿Qué papel ha tenido el miedo, la sumisión a la autoridad o la construcción del otro como amenaza en la gestión de la pandemia? De no haber tenido un estado de emergencia, con multas mediante, ¿la sociedad hubiera refrenado sus instintos de socializar?

Los españoles tienen muchos enemigos y muchos estereotipos que son sus enemigos, y a veces sin pretenderlo los multiplican. Dentro de los estereotipos nacionales, ideas preconcebidas que no se corresponden necesariamente con la realidad, se cuentan que son mediterráneos, que solo están interesados por el bar, que la tradición franquista solo les lleva a obedecer, etc. Pero creo que es razonablemente falso. Creo que mis conciudadanos están, en general, mucho mejor formados que hace años y que están perfectamente capacitados para responder colectivamente al tipo de demanda que se les formule. Si se les hacen

demandas sentimentales, responden de forma sentimental. Si se les pide principios de obediencia ciega, lo hacen para intentar ser buenos ciudadanos.

No creo que sea muy diferente la situación aquí a la de otros países. Si se hubiera intentado plantear el estado de alarma menos como una prerrogativa de los sentimientos, del carisma, de las emociones y, en última instancia, de la autoridad policial y del Ejército, y se hubiera planteado con medidas más liberalizadoras y flexibles, como en otros países de nuestro entorno, creo que también se habrían comportado dignamente. No acepto la idea de que el español es un desastre y solo obedece por miedo.

Entonces la clase política no representa a la población española, que sí actúa de forma cívica. No parece nada cívico arrojar, como señalaba, los muertos unos a otros o buscar réditos políticos de una tragedia, y no ha ocurrido en otros países. Se me viene a la cabeza el ejemplo que nos ha dado Portugal...

Tampoco quiero cargar las tintas contra la clase política. Creo que se equivoca en dónde pone el énfasis porque es muy contradictorio. Por un lado, intenta parapetar sus decisiones en el conocimiento experto, pero no sustenta sus decisiones en ese conocimiento todo el tiempo. Tampoco explora la idea de la gobernanza. Si realmente la decisión política está apoyada en el conocimiento científico, debe explicarse a la ciudadanía y definir la clara delimitación de competencias, porque los científicos no gobiernan el país, lo hacen los políticos.

Todo esto está mezclado con expresiones persuasivas que creo que son prescindibles, pero hay un claro caldo de cultivo para esta situación que no solo afecta a España. La sentimentalización de la política ocurre a nivel global, en EEUU, Inglaterra, Francia... Cada vez hay más gobiernos que tienden a gobernar de forma persuasiva, porque hay una ausencia de liderazgo en el sentido que a mí me gustaría. Las humanidades, decían mis antiguos profesores, son la búsqueda racional y constante de evidencias y creo que eso se ha perdido. Debemos seguir buscando críticamente evidencias que nos permitan tomar decisiones encaminadas a la acción social y al beneficio colectivo.

"Cuando se promueven las emociones desde los poderes públicos o la prensa, uno sabe cómo empieza la historia pero no cómo acaba"

Si eso se abandona y entramos en disquisiciones emocionales, en ver quién es más compasivo o solidario, quién pone o no el marchamo de la superioridad moral sobre las decisiones políticas, al final tenemos gobiernos populistas y ciudadanías proclives a pensar que las decisiones y la obediencia se deben a criterios sentimentales o morales. No es un fenómeno español. Yo creo que los españoles se comportarían como los portugueses si se les diera la oportunidad.

Hablemos de lo que nos espera: por ejemplo, regular los afectos para mantener la distancia social. ¿Cómo nos cambiará eso como sociedad?

En términos más generales de los que me preguntas, soy un pesimista. Lo que nos enseña la historia no es que no se aprenda nada de estas grandes crisis globales, sino que para cuando se aprende, ya es tarde, porque los problemas son otros. El problema y la solución nunca están coordinados. Antes he criticado duramente la forma contrafactual de dar cuenta de los no muertos, pero es cierto que eso nos ha ahorrado el espectáculo de la pornografía del dolor y de la muerte. Nos hemos ahorrado una basura a la que no hace tantos años estábamos acostumbrados, y eso es positivo.

Ahora bien, ¿hemos aprendido la lección global de lo que supone una crisis sanitaria global y cómo gestionarla? No. La próxima vez, no cometeremos los mismos errores pero sí caeremos en otros porque el contexto será diferente. En relación con los abrazos, creo que habrá una mayor orientalización de Occidente en los próximos años, y una mayor distancia afectiva. Creo que habrá un fenómeno retráctil, que pasaremos de la explosión de los sentimientos de una sociedad enormemente sentimentalizada a una sociedad donde los sentimientos sean cuestionados. También creo que la orientalización de Occidente traerá una nueva forma de relación social, no por el virus sino por otras costumbres. Quizás sea el momento de entender que la costumbre de besarnos o abrazarnos no es necesaria para demostrar el afecto.

Muy pocos confían, a estas alturas, en que la pandemia nos haga mejor como sociedad. Dicen que las pandemias exacerbaban tensiones subyacentes, problemas anteriores nunca resueltos.

¿Significa eso que nos va a ir peor, una vez que superemos la emergencia? ¿No vamos a sacar nada positivo, o quizás la oleada de solidaridad permanezca?

Ojalá saquemos algo positivo, aunque soy pesimista. Pero mi objetivo no es tener una sociedad más solidaria porque la noción misma de solidaridad está atravesada por intereses que yo no comparto. ¿Por qué nos parece razonable ser solidarios con los españoles y no la solidaridad internacional? ¿Cuántas noticias han aparecido que tengan que ver con la posición española respecto a la ayuda humanitaria en países de nuestro entorno, perjudicados por la pandemia pero con muchos menos recursos? ¿Cómo se puede ir pidiendo solidaridad interna y no aplicarla fuera de nuestras fronteras?

Pero sin embargo, si un líder de la extrema derecha dice *españoles primero*, todos nos llevamos las manos a la cabeza... Yo creo que hay que tener cuidado con este tipo de recursos, porque la solidaridad convence a todos, pero tiene diversas formas de realización. Creo que el objetivo no es hacer una sociedad más solidaria, sino en todo caso crear una sociedad más justa, o buscar formas de cooperación más adecuadas en función de los recursos disponibles y dejando un poco fuera la moral.

La confluencia entre la moral y la política es un error. La política ha entrado en el ámbito de la moral y hay que echarla. Puestos a hacer moral, ya tenemos una historia que siempre ha ido acompañada de enorme sufrimiento humano. Creo que hay que procurar que la política

salga de la vida privada y de la conciencia, porque política es buscar el bien común. Y ojalá sea esa una de las consecuencias de la pandemia.

Sobre la exacerbación de problemas subyacentes, de nuevo estamos en las mismas. Cuando se apela a sentimientos, cualquiera utiliza la pandemia para reivindicar cualquier otro objetivo. Uno sabe cuándo usa argumentos sentimentales cuando no son escalables. Es decir, un buen argumento es escalable, consideras que usas buenas razones porque pueden ser aplicadas a otros contextos. Si solo es válido en un contexto, es un argumento persuasivo que debe ser rechazado. Creo que se aprenderá algo, pero que para entonces será demasiado tarde.

Fuente: <https://www.lamarea.com/2020/06/18/javier-moscoso-no-hay-que-convertir-mitines-politicos-en-sermones-emocionales/>



ABRÁZAME

ARAM AHARONIAN

20 de junio, 2020

Fuentes: CLAE - Imagen: "El abrazo", Juan Genovés (1976)

Entre las muchas cosas de las que nos ha privado la pandemia del covid-19, es el abrazo. El miedo, el terror al contagio nos aparta. Nos impide esa muestra de cariño, de amor, de compañerismo, de saludo, de solidaridad.

Para nuestra información, el abrazo se lleva a cabo con los brazos, ya sea por encima del cuello o por debajo de las axilas, alrededor de la persona a la que se brinda el gesto, apretando o constriñendo con fuerza y duración variables (según Wikipedia).

Aquello tan cotidiano se ha convertido hoy en algo casi prohibido en tiempos de pandemia y distanciamiento social, cuando es sustituido, entre barbijos y alcohol en gel, en un inconsistente toque de codo con codo. Los gatos y gorilas, que también suelen abrazarse, zafaron de la prohibición. El abrazo se ha vuelto peligroso, vea usted.

Expertos de la Universidad de Harvard (¿en abrazología?) pronostican que el distanciamiento social puede extenderse hasta 2022

y el no tocarse, sin dudas, traerá sus consecuencias, cambiarán los hábitos y, seguramente, producirán impactos psíquicos.

Dicen los entendidos que al abrazo nació por desconfianza, cuando los militares (de la época de Qin Shi Huang en la antigua China) se palpaban para asegurarse de que el otro no estaba armado. Qin no pasó a la historia por ello, sino por proclamarse como primer emperador chino y por los Guerreros de Terracota que mandó a construir para su mausoleo mucho antes de su muerte.

Generalmente, el abrazo indica afecto –también condolencia o consuelo- hacia la persona que lo recibe, una forma de comunicación no verbal. Pero cuidado, también existe el abrazo del oso, aparente demostración de afecto que en el fondo encierra una trampa. Los lectores de las aventuras de Astérix recordarán los abrazos de Obélix, que destrozaban las costillas de sus adversarios romanos.

Los abrazos constituyen el único lenguaje que el alma comprende. Acaso los cuerpos no sean sino la excusa para que las almas dialoguen. En un abrazo no hay error de interpretación ni entrelíneas. Nos abrazamos en medio del duelo más mordaz, pero también en el triunfo.

Abrazamos a nuestro cónyuge con lágrimas o entre risas cómplices; a nuestros hijos, a nuestros hermanos, a los amigos. Nos abrazamos con un rival, cuando nos damos cuenta de que también está solo o reconocemos su misma dignidad en la lucha. El abrazo es una

maravilla con la que nos topamos todo el tiempo cuando bailamos, incluso con gente que no conocemos.

Y, en la más agobiante soledad de la noche, somos capaces de abrazar la almohada hasta que escampe o llegue el alba sin sueños tan negros.

¿Por qué no podemos prescindir de los abrazos? Tal vez porque venimos de un largo abrazo de nueve meses en el que, sin discursos ni sermones, empezamos nada menos que a existir. ¿Es biológico? El bebé sale del útero y enseguida va a los brazos de la madre: su primer contacto humano es con los brazos de otro (sin contar los de la partera o médico). El abrazo y los brazos son lo que permiten nuestra fusión con el otro.

Sigmund Freud lo dice claramente: el ser humano nace indefenso, mucho más indefenso que el resto de los animales y necesita la asistencia ajena, en este caso de la madre. Sin ese abrazo no puede desarrollarse (Freud no conoció las incubadoras) por sí mismo.

El abrazo es la expresión más primitiva, más arcaica del amor, señala la psicoanalista argentina Amy Krieger. El (con)tacto es fundamental para la sobrevivencia y el desarrollo.

El estadounidense Kevi Zaborney se vio preocupado cuando notó que la sociedad en la que vivía no se abrazaba o se besaba en su vida cotidiana. Ante esto, desde 1986, todos los 21 de enero se celebra ¿en

todo el mundo? el Día Internacional del Abrazo, una excusa más para abrazar a sus amigos y familia.

Quizá si la pandemia hubiera aparecido unos años antes, Scott Campbell no hubiera podido escribir *La máquina de los Abrazos*.

Y tampoco Eduardo Galeano hubiera escrito *El libro de los abrazos*, donde señala que "Un sistema de desvínculo: El buey solo bien se lame. El prójimo no es tu hermano, ni tu amante. El prójimo es un competidor, un enemigo, un obstáculo a saltar o una cosa para usar. El sistema, que no da de comer, tampoco da de amar: a muchos los condena al hambre de pan y a muchos más condena al hambre de abrazos".

Hay un único lugar donde ayer y hoy se encuentran y se reconocen y se abrazan, y ese lugar es mañana", añade. ¿Sin abrazos no hay futuro?

Un gol, una revolución, una primavera, un papá o una mamá y sus niños en la cancha o en un parque- que son siempre extraordinarios y, por tanto, son siempre noticia. ¿Por qué, entonces, los abrazos tienden a no ocupar ningún espacio como noticia o menos espacio que casi todo lo que ocupa algún espacio?, pregunta el maestro-periodista Daniel Scher.

¿Por qué los abrazos que ocupan más espacio en lo que llamamos el espacio noticioso son los abrazos secretos (que no son ni malos ni

buenos por ser secretos), los abrazos prohibidos (que no son ni buenos ni malos por ser prohibidos), los abrazos que forman parte del campo del chisme y no del campo de lo cotidiano?

Enamorados, emocionados, pasión, o por compromiso. Los abrazos toman diferentes formas por diversas causas, pero existe una certeza: son saludables. El abrazo, dicen los científicos, provoca en el cuerpo la producción de oxitocina, dopamina y serotonina que son las hormonas relacionadas con la felicidad, el amor y el bienestar. Quizá no curen el coronavirus, pero son imprescindible para la salud espiritual de todos nosotros.

Quizá mañana, hermana, hermano, podremos darnos un abrazo. Quizá. No puedo imaginarme un mundo sin el único lenguaje que el alma pronuncia... y comprende.

Aram Aharonian: Periodista y comunicólogo uruguayo. Magíster en Integración. Fundador de Telesur. Preside la Fundación para la Integración Latinoamericana (FILA) y dirige el Centro Latinoamericano de Análisis Estratégico (CLAE, www.estrategia.la) y [susrysurtv](http://susrysurtv.com).

Fuente: <http://estrategia.la/2020/06/18/abrazame/>

Fuente: <https://rebelion.org/abrazame/>



BOAVENTURA DE SOUSA:* "EL TELETRABAJO ES UN TRABAJO SIN DERECHOS"

PEPA BLANES

16 de junio, 2020

Imagen de archivo del sociólogo portugués

Boaventura de Sousa / EFE

El sociólogo portugués publica 'La cruel pedagogía del virus', un ensayo en el que trata de dilucidar la dimensión social de la pandemia en un momento en el que el mundo ya daba signos de colapso

"El virus es un gran pedagogo", dice **Boaventura de Sousa Santos**, sociólogo portugués que prepara un ensayo sobre el coronavirus, '*La cruel pedagogía del virus*', que edita **Akal**. Desde su posición de retaguardia, la que dice que deberían adoptar todos los intelectuales, trata de explicar su impacto en una sociedad que ya venía con algunas taras.

Boaventura de Sousa Santos está considerado uno de los grandes referentes de las izquierdas altermundistas, colaborador a lo largo de los años con distintos movimientos antiglobalización, organizador del **Foro Social Mundial**, al tiempo que ejercía de profesor e investigador en

* Boaventura de Sousa Santos (Coímbra, Portugal, 1940) es doctor en Sociología del derecho y catedrático, ya jubilado, de Sociología en la Universidad de Coímbra. Es director del Centro de Estudios Sociales y del *Centro de Documentación 25 de Abril* de esa misma universidad; además, profesor distinguido del *Institute for Legal Studies* de la Universidad de Wisconsin-Madison. Se le considera un intelectual con reconocimiento internacional en el área de ciencias sociales, popular en Brasil por su participación en varias ediciones del Foro Social Mundial.

universidades como la de Coimbra, la de Wisconsin-Madison en Estados Unidos o la de Warwick, en Reino Unido.

En líneas generales, ¿de qué nos habla en este nuevo ensayo sobre el coronavirus que está preparando? Quería contrastar el discurso de muchos políticos, que han utilizado la metáfora de la guerra, el virus como enemigo y los países en guerra. No me gusta ese tipo de metáforas. Primero porque es una metáfora bélica. Después, porque el virus está fuera de nosotros y parece que nos quiere destruir, pero la verdad es que nuestra vida no es posible sin virus ni bacterias. La mejor metáfora es la del virus como un cruel pedagogo. Esto nos lleva a que el virus nos da enseñanzas y lecciones, pero de la peor manera posible: matando. El virus es parte de los disturbios que estamos ocasionando a la naturaleza y ella nos manda señales. Esta es una señal de que la vida humana, que es un porcentaje mínimo de la vida del planeta, se está sobreponiendo a todo y la naturaleza se defiende.

¿Cuáles son esas enseñanzas? ¿Qué podemos aprender del COVID-19? Son varias enseñanzas. La primera es que este modelo de desarrollo y consumo que tenemos está llegando a su final. Ya sabíamos por la crisis ecológica y el calentamiento global que había trastornos en la naturaleza. Esta pandemia es por eso, por un cambio brutal en los hábitats de la naturaleza, destrucción de bosques, de especies, explotación de petróleo, contaminación de agua... Eso está realmente llevando a la naturaleza a defenderse. La primera enseñanza es que o tenemos más respeto por la naturaleza o vamos a entrar en un periodo de pandemia intermitente. Esto quiere decir que saldremos un poco a la

calle, pero vendrá una segunda ola de este virus, o de otros virus. Y luego está el virus de la globalización. La mal llamada Gripe Española tardó dos años en expandirse por todo el mundo, este lo ha hecho en tres meses.

En la práctica, ¿qué tendremos que hacer? Lo primero que tenemos que hacer es cambiar la energía que usamos. También el consumo tiene que cambiar. Vamos a los centros comerciales como si fueran catedrales, y más de 20.000 personas circulan ahí. Eso son zonas de peligro ahora mismo y lo serán en el futuro. Por eso, tendremos que repensar las ciudades, el urbanismo, con comercios de proximidad y con centros comerciales de una dimensión más pequeña.

Y políticamente hablando, ¿va a haber algún cambio de mentalidad? ¿vamos a repensar qué debe ser o qué debe hacer un estado? La enseñanza más obvia para la gente es que finalmente el estado es importante. Hasta ahora vivíamos en un mundo que nos decía que los mercados son los mejores reguladores de la vida social y colectiva. Llega la pandemia y los mercados desaparecen. La gente va a pedir protección al estado, pero no a un estado que reprima, sino a uno que proteja.

¿Cómo se hace eso con una Unión Europea que sigue apostando por la no intervención? El problema es que en Europa no teníamos estados preparados para proteger, debido a todos los recortes de los últimos años en sanidad, educación, en todo. La Unión Europea es reacia

a las ayudas públicas. La sanidad se ha privatizado en todos los países, en especial en España e Italia, dos países que han sufrido esto ahora con la pandemia. En Portugal, sin embargo, no teníamos esos recortes, y hemos sobrevivido mejor. La gran enseñanza es que los estados tienen que invertir en salud pública, porque eso no es un coste, es una inversión. Además, esta situación de globalización es insostenible. No podemos seguir así, con países europeos que no fabriquen mascarillas o guantes, que todo venga de China. ¿Y si hay un problema en China? Hay bienes esenciales que todos los países tienen que producir para ser autosuficientes. Por no hablar de países que se quedaron sin poder alimentar a su gente porque no producían suficiente. Eso tiene que cambiar, la agricultura tiene que estar protegida, tenemos que evitar la gran agricultura industrial de Andalucía o el Alentejo.

¿Va a crecer la derecha y la extrema derecha tras esta crisis?

Hay que repensar mucho las cosas. También en el plano político me parece que hay enseñanzas muy potentes. En general, **hemos visto cómo los gobiernos más neoliberales están defendiendo peor la vida humana.** Estados Unidos es un estado fallido ahora mismo, un país de desastres, además con una crisis racial. Brasil es otro. Inglaterra también. Los más neoliberales, independientemente del grado de desarrollo que tuvieran, decidieron que la economía era más importante que la vida. Empezaron con esa primera fase negacionista, diciendo que el virus era como una gripe y nada más. Murió mucha gente y esas muertes se podían haber evitado. Portugal fue muy rápido a la hora de decretar el confinamiento. Suecia decidió no hacer confinamiento y ahora tiene problemas, a pesar de ser un país muy desarrollado. Los

gobiernos de derechas y extrema derecha son los que han protegido peor a los ciudadanos. India es otro caso dramático. Muchos gobiernos han aprovechado el virus para concentrar poder autoritario, es el caso de Hungría, Polonia, Ghana, Colombia... todo esto nos muestra que la extrema derecha es muy buena para destruir y muy mala para construir. **Me sorprende que en España la derecha siga con una agresividad tan grande,** cuando están viendo que en el resto del mundo han salido desprestigiados por eso mismo.

¿Nos va a llevar el confinamiento a un individualismo mayor o vamos a apostar por la solidaridad, después de los aplausos diarios a médicos y trabajadores? Es interesante porque es muy ambigua esta situación. Por un lado, sabemos que la cuarentena fue cumplida por quien pudo. La mayoría de la población del mundo no pudo hacerlo. La OMS hizo las recomendaciones pensando que hay clase media en todo el mundo, pero no es así.

¿Cómo iban a confinarse la gente de las favelas? ¿O de las barriadas periféricas de las ciudades cuando diez personas viven en la misma casa o barraca? Pero es verdad que realmente la cuarentena nos ha protegido del virus, pero ha provocado bastantes peligros. Las mujeres han sido víctimas de este confinamiento, porque la violencia contra ellas ha aumentado en la pandemia. Francia es uno de los casos más graves, donde más ha subido la violencia. Surge el machismo, la gente convive todo el tiempo en casa y surge el feminicidio. Por otro lado, padres más jóvenes que no tenían tiempo para sus hijos, han tenido tiempo para estar con ellos y eso ha sido positivo. También hemos visto que podíamos entretenernos sin ir al centro comercial.

¿Ha sido el teletrabajo una posibilidad o un regalo envenenado?

Los peligros son que las empresas están pensando que el teletrabajo es la solución y el teletrabajo es un trabajo sin derechos. No sabes cuántas horas extra haces, tienes que dar una atención muy grande y cuesta diferenciar qué es tiempo libre y qué es trabajo. Luego está la educación. Las empresas detrás de la educación ya están pensando que será un negocio rentable hacerlo todo por internet, pagando menos profesores, infraestructuras, etc. Esto es peligroso, la enseñanza no es solo currículum, también es interacción entre los estudiantes. Necesitamos una educación presencial.

En cuanto a la solidaridad, ¿es de verdad o ha sido más un gesto pasajero?

Una de las cosas en las que estoy trabajando es mirar el surgimiento de la solidaridad de las comunidades, sobre todo en las más empobrecidas. También se ha dado de las clases medias hacia las vulnerables. Los ricos no, no se hacen solidarios, están preocupados por sus negocios. He detectado bastante la reactivación de movimientos sociales, sobre todo en América Latina. Se han organizado los barrios, los vecinos, cuidando de la gente, buscando médicos, distribuyendo comida. Hemos visto carteles en las ciudades chilenas de "prefiero morir contagiado que de hambre". Este capitalismo salvaje nos ha traído a esta situación. Este modelo de privatización de todo y de polarización de la pobreza es repugnante. Si te fijas en una ciudad, por ejemplo, Sao Paulo, las cifras de mortalidad en una barriada suben hasta el 60 por ciento de los contagiados. Si vas a un barrio de clase media y alta, la tasa de mortalidad es del 2 por ciento. Los vulnerables están muriendo

mucho más. Este virus está agravando las venas abiertas, no solo de América Latina, sino del mundo, que muestra toda la desigualdad que existe. Pero hemos visto cosas buenas, los médicos, que se arriesgaron a morir por curar a la gente.

Hace unos años decía que la tragedia de nuestro tiempo es que la dominación está unida y, sin embargo, la resistencia fragmentada, ¿Lo sigue pensando? ¿Hemos podido construir una resistencia durante el cOVID19? ¿O el peligro es que esa resistencia la está llevando a cabo la extrema derecha? Una cosa que nosotros hemos aprendido, incluso antes de la pandemia, es que la calle y las protestas no son monopolio de las izquierdas. La calle puede ser de extrema derecha. Lo vimos en la India, en Brasil, en Estados Unidos con los supremacistas. Por eso no hay un monopolio. Una de las disputas políticas después de la pandemia es la narrativa para ver si la derecha sale fortalecida o no. La experiencia de los países está clara, pero la derecha tiene instrumentos muy fuertes de agresividad, de una actitud antidemocrática. Lo vemos en España con Vox, que utiliza lo que sea para ganar votos. Las protestas antes de la pandemia también han sido de izquierdas, no en Europa, pero sí en Líbano, en Chile. Obviamente, pienso que la resistencia sigue fragmentada, me parece que cuando las cosas son más graves surge un poco más de unidad. En este caso esto ha pasado en Estados Unidos, con la crisis racial, que es una crisis de clase, porque en Estados Unidos clase y raza van juntos. Teníamos a **Bernie Sanders** que fue neutralizado por la política americana, hubiera sido un buen candidato, un socialista moderado. Lo que está claro es que cuando una pandemia agrava las desigualdades

sociales, agrava el racismo y el patriarcado. Ahora veremos si aprendemos de esto y unimos las luchas sociales. Es difícil porque los movimientos están muy vinculados a identidades y a temas sectoriales, feministas, antirradicales y los partidos de izquierda han mirado solamente a los derechos laborales, que obviamente son importantes, pero nunca profundizaron en la lucha anticolonial y la lucha de las mujeres. Fue algo secundario en los sindicatos.

Este va a ser un tiempo largo, pero la epidemia debe unir las luchas. En ese caso, lo más positivo es la propuesta de la asamblea constituyente en Chile, porque es feminista, anticapitalista y plurinacional, porque incluye las protestas de los Mapuches. En Europa no veo tan fuerte ahora mismo esa unidad. Ojalá la hubiera porque eso nos daría la oportunidad de encontrar una solución distinta de la que tuvimos a la crisis en 2011.

Menciona en el libro que hay pocos intelectuales públicos y menciona a dos de ellos, Agamben y Zizek, que se han precipitado en sus análisis sobre la crisis. Lo cierto es cuesta encontrar a intelectuales comprometidos con los problemas actuales... Hay una deseterificación de académicos, porque hubo intento de controlar la universidad a través de una infusión de valores de mercado y capitalismo. Los profesores tienen una presión por publicar, les dicen que no deben preocuparse por causas sociales, y nos piden que publiquemos en inglés. ¡Es una locura! ¿Cómo puedes crear intelectuales públicos comprometidos con su país, si ni hablan la lengua de su gente? Luego cuando hay intelectuales comprometidos se les lincha, eso ha pasado en España. Y hay otros que les gusta mucho lo de

las teorías de vanguardia. Se acostumbraron a ser la luz de la humanidad. Nosotros no somos luz de nada, la luz viene de la lucha social, nosotros somos sombras que debemos seguir esa luz. Yo soy un intelectual de retaguardia, que trabajo con los movimientos sociales, los indígenas. La gente quiere que le hablen en una lengua que entiendan. En el caso de **Agamben** salió con la idea de que el confinamiento era utilizado por el estado para reprimir. Puede que en algunos casos haya sido así, pero la gente en este tiempo excepcional ha buscado la protección en el estado, el confinamiento ha protegido a la gente. Llegó a escribir un primer texto en el que decía que la pandemia era inventado por el estado italiano. ¡Es una locura, no se puede hacer eso! Luego rectificó. Y **Zizek** dijo que la pandemia daba la oportunidad para el comunismo global. Vamos a ver, hay que estar con la gente, que quiere una vida mejor, una salud pública, y es cierto que formulan una forma de comunismo en sus peticiones, pero no teorizan sobre ello. La cultura tiene que ser más responsable y menos elitista.

¿Y qué hacemos con las noticias falsas? ¿qué pueden hacer los intelectuales? Claro, es que muchas veces los intelectuales deben saber que esa gente es víctima de las noticias falsas, una cosa que tendremos que atender en el futuro porque las derechas van a ganar en Europa gracias a las *fake news*. **Steve Bannon** ha creado todo esto, el gran teórico de la derecha americana. Aquí está intentando en Europa hacerse fuerte con los Salvini o los Orban, y ese peligro en Europa yo lo veo con mucha preocupación. No podemos despertar esas fuerzas neofascistas. Nosotros en Portugal y España, que vivimos una dictadura tan larga, tenemos que estar atentos.

Parte del gobierno de España, le han usado como referencia intelectual. No sé si siente cierta responsabilidad, y cómo cree que lo están haciendo. Yo escribí un libro hace un tiempo titulado ***Izquierdas del mundo, uníos.*** Es un poco mi preocupación, que las izquierdas no se unan con la derecha, sino entre ellas. El PSOE es un buen ejemplo de esto. Tengo amigos en **Unidas Podemos** y también en el PSOE. Tenéis a un intelectual como **Castells** y muchos otros ministros y ministras, muy interesante. Para mí la idea es que nos podamos unir, sin perder la identidad. Hay que ser pragmáticos, pero no vender el alma.

En España es buena noticia la aprobación de la renta mínima y me quedo con la idea de que la unidad no hace perder el alma y la identidad de las izquierdas.

La situación es muy difícil. Tienes a una derecha muy agresiva. Además de que vienes de una transición muy mal hecha, basada en el pacto, a diferencia de lo que pasó en Portugal donde hubo revolución, y eso se paga. Están los intereses económicos y la gestión de las nacionalidades, que el estado no ha sabido muy bien tratar democráticamente. Evidentemente, hay problemas, que son los que han dificultado la unidad de las izquierdas, pero esa disputa política va a seguir después y ahí habrá enfrentamientos y la derecha pedirá represión, que es lo que quiere. Hay otro problema en España que es el sistema judicial, conservador y monárquico, lo que no hace que espere cosas buenas en un futuro, porque creo que el sistema judicial puede ser utilizado para parar medidas de calado en España.



Fuente:

https://cadenaser.com/ser/2020/06/16/cultura/1592294162_693396.html?fbclid=IwAR2OV4KPapnz7NeQCpOdzL-j4bxr4RTwiT_zWp0bobE_Ico8RaxpOuxbP6Y

CONTEMPLAR Y VIVIR EL APOCALIPSIS

NAIEF YEHYA*

19 de junio, 2020

Hieronymus Bosch, El jardín de las delicias, óleo sobre tabla,

* Naief Yehya, Ciudad de México, 1963. Estudió ingeniería industrial en la UNAM. En 1995 publicó su primera novela: La verdad de la vida en Marte. Le siguieron: Camino a casa y Obras sanitarias. En 2001 publicó el libro de relatos Historias de mujeres malas. Es conocido también por sus ensayos Pornografía, obsesión sexual y tecnológica (2012); Guerra y propaganda (2003) y El cuerpo transformado (2001).

EL FIN DEL MUNDO REAL E IMAGINARIO

Cómo podrán explicarse los arqueólogos del futuro la obsesión humana con imaginar y recrear morbosamente en sus artes el fin del mundo, una y otra vez? Especialmente lo encontrarán extraño cuando entiendan que mientras soñábamos y nos divertíamos con escenarios de la destrucción del universo en realidad nos precipitábamos voluntariamente hacia la catástrofe planetaria, permitiendo la degradación de los ecosistemas y que las grandes corporaciones y los políticos fingieran que no existía otra manera de vivir.

El mundo siempre se está acabando y en la escala cósmica es tan sólo cuestión de un poco de paciencia para que nos llegue la hora. La promesa del fin del mundo rebasa nuestra capacidad de aterrarnos ya que junto con la premonición de exterminio total (o casi total), presenta la posibilidad de un borrón y cuenta nueva. La destrucción implica una renovación y en la tradición cristiana el Apocalipsis es la purga suprema, la erradicación de todo mal, carne y huesos incluidos. Los cristianos renacidos y los fanáticos evangelistas esperan con ansiedad el Rapto, en que los justos, vivos y muertos, despegarán para ir con Jesucristo. Los demás nos quedaremos a sufrir los tormentos infernales en la Tierra, es decir, a vivir igual que siempre. Zoroastrianos, musulmanes, hinduistas y budistas también creen que el final del mundo llegará entre desastres naturales, epidemias, falsos profetas, inmoralidad sexual y la batalla final entre el bien y el mal.

El apocalipsis secular, en esencia, consiste en la fantasía de liberarnos de los demás, un sueño muy común en un tiempo de polarización política extrema. Los escenarios del fin del mundo son histeria fusionada con cinismo, nihilismo y decadencia, son ejercicios mentales de catástrofe, catarsis y confort. La gran caída de la especie es el tema central del cine apocalíptico, una variante extrema del filme de desastres que hemos consumido obsesivamente desde los orígenes del cinematógrafo, pero mucho más a partir del uso de la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki.

Este tipo de obras han dado lugar al *catastrophe porn*, una pornografía de la muerte y destrucción masiva que en las últimas dos décadas se ha convertido en uno de los géneros más favorecidos por el público, al mostrar sin pudor ciudades, monumentos, edificios, poblaciones y culturas desechables. Podríamos pensar que los únicos que pueden disfrutar del género apocalíptico tienen algo de fascistas o masoquistas, al satisfacer sus sueños húmedos de genocidio y destrucción, pero la verdad es que estas cintas son mucho más que eso, ya que aparte del placer morboso ofrecen la oportunidad de entregarse a la autoflagelación chatarra, funcionan como psicodramas y sirven como una suerte de terapia preventiva de trauma.

Las preguntas que nos hacemos ante estas narrativas son: ¿me tocaría sobrevivir, cómo actuaría yo y qué sucederá con mi humanidad? Las historias apocalípticas suelen estar marcadas por tintes de heroísmo, sacrificio y purificación, así como miedo, cobardía y traición. Éstas funcionan como test de Rorschach, sin dejar mucho espacio para la ambigüedad. La mayoría de los delirios apocalípticos cinematográficos,

literarios y en juegos de video pueden ser vistos como entretenimiento inofensivo o bien como extrañas profecías.

Los sobrevivientes de la peste cargaban con el trauma de la muerte masiva, del espectáculo del horror corporal... la sensación de abandono de un dios sordo y ciego llevó a la gente a cuestionar el poder de la iglesia medieval

La extinción humana, o por lo menos de gran parte de la población, como sabe cualquiera, no es una pesadilla inimaginable sino un desenlace bastante probable y quizá no tan distante. Pero curiosamente, en una época de posverdad, desinformación masiva y férreo partidarismo (difícil llamar ideología a las colecciones de prejuicios, descalificaciones y rencores que dominan el imaginario político popular), se pone en entredicho incluso la certeza de que compartimos una realidad y por tanto se diluye la importancia de nuestra desaparición. Las causas del apocalipsis que ofrecen estas ficciones son casi siempre metáforas de nuestros miedos, vergüenzas y culpas, pero a menudo reflejan una inclinación de la cultura popular por el darwinismo social: el mal informado credo de la supervivencia del más fuerte, el mejor armado y el más guapo, que predicán buena parte de los objetos culturales de consumo.

La fórmula común en estos productos es que el apocalipsis es una forma de suicidio colectivo, en donde los sobrevivientes suelen ser la familia, la tribu o grupos improvisados de personas que se encuentran por casualidad, formarán un sucedáneo a la familia e irán muriendo poco a

poco. En la mayoría de estos recuentos la condena de unos se hace evidente por sus acciones o ausencia de ellas, mientras otros serán recompensados con una segunda oportunidad en el nuevo mundo. La palabra *apocalipsis* viene del griego y significa develar y revelar: representa la caída, la pérdida de lo que da sentido al colectivo social, la vida, las ideas, las creencias, la cultura, el trabajo, el placer, nuestra visión de la naturaleza y el universo. Pero la desaparición de eso debe llevar implícito un cierto aprendizaje y una toma de conciencia.

LA EDAD MEDIA Y EL OCASO

Europa vivió más de trescientos años desolada por la peste negra. Generaciones nacieron y desaparecieron sin conocer nada más que el terror del contagio como consecuencia del contacto humano. Instituciones, actitudes, costumbres y canciones infantiles surgieron a raíz de esa amenaza. El siglo XIV comenzó con la devastación de lo que se ha llamado la pequeña edad del hielo, que afectó gravemente los cultivos y provocó hambrunas, muerte masiva y descomposición social. En ese contexto llegó a Europa, en octubre de 1347, la peste bubónica o peste negra, la pandemia más mortal de la historia, el peor desastre infeccioso que incluye pasajes tan perturbadores y cinematográficos como aquel de los tártaros lanzando con catapulta cadáveres infectados dentro de los muros del puerto mercante de Caffa (ahora Feodosija, Ucrania). Un barco repleto de enfermos que huían navegó el mar Negro y desembarcó en Sicilia, donde el contagio fue devastador.

La epidemia se expandió por mar y tierra, por las rutas del comercio, hacia el este y oeste. A los enfermos les salían tumores del tamaño de huevos o manzanas en las axilas, la entrepierna y otros ganglios. Los bubones supuraban y sangraban, luego aparecían ampollas y manchas negras en la piel, debido a las hemorragias internas. La mayor parte de los enfermos moría pronto, entre 24 horas y cinco días, con inmenso dolor y agonía.



The Matrix (1999). Fuente: imdb.com

Esta brutal experiencia de muerte colectiva y vulnerabilidad de las poblaciones cambió para siempre la cultura y la sociedad. Los sobrevivientes de las oleadas de peste negra cargaban con el trauma de la muerte masiva, del espectáculo del horror corporal, la agonía de poblaciones enteras; el pavor de que el mal era imbatible y la sensación de abandono de un dios sordo y ciego llevó a la gente a cuestionar el poder de la iglesia medieval. El nihilismo y el escepticismo se volvieron a su vez infecciosos y dieron lugar a una curiosidad intelectual que originó la modernidad. Si bien la superstición y el fanatismo no desaparecieron, sí

comenzó una revuelta intelectual contra las instituciones religiosas y políticas que eventualmente dio lugar al Renacimiento.

Desde el medievo, la representación de una catástrofe humana como una plaga venía cargada de un cierto humor negro e ironía. El mejor ejemplo es la danza macabra. Representar a la muerte como un ser casi cómico permitía una extraña consolación. La parca imaginada como esqueleto que despreciaba las jerarquías y los símbolos para llevarse por igual a cardenales, pordioseros y comerciantes era la promesa de una fuerza incorruptible y justiciera. Quizá no existía el paraíso, pero ni riqueza ni fuerza ni sabiduría ni piedad podían sobornar o conmovir a la muerte, ante ella todos eran iguales.

En su obra, Hieronymus Bosch, *el Bosco* (ca. 1456-1516), hace una crónica de la decadencia del mundo feudal, del sufrimiento y las tragedias humanas, materiales y espirituales en una era de transición. Durante el medievo, el poder económico se reflejaba en la posesión de la tierra, pero con el desarrollo del comercio, la manufactura y el poder del mercado, el dinero comenzó a volverse más importante que la tierra. Los cambios que trajo la economía no fueron liberadores e implicaron aún más penurias para los desposeídos. La obra de Bosch está repleta de alegorías religiosas, así como de críticas punzantes a la cúpula religiosa y a la vida cotidiana en un tiempo convulsionado. En un estilo casi surrealista pinta una sociedad sumergida en la violencia y el horror, donde los vivos y los muertos aparecen lado a lado, un mundo donde hasta la naturaleza parece inestable y fluida. Podemos imaginar que los coleccionistas y admiradores veían con

fascinación sus pinturas, como si se tratara de complejos y grotescos cómics, al estilo de los pergaminos japoneses del siglo XII que describen secuencialmente batallas o episodios mitológicos. Quizá en esas imágenes de desolación y caos de un mundo espantoso encontraban un reflejo estéticamente atractivo que podían valorar como decoración y entretenimiento: no olvidemos que el rey Felipe II tenía *El jardín de las delicias* en su habitación.

El único seguidor de Bosch es Pieter Bruegel, *el Viejo* (1525-1569), el primer pintor europeo que trata la naturaleza y los paisajes como temas independientes en sí mismos. Bruegel era un moralista que pintaba los ciclos de la vida en alegorías campiranas cargadas de ironía, donde las condiciones climáticas, los efectos de luz y el comportamiento de los personajes creaban una fabulosa crónica de su tiempo. Sus cuadros usualmente eran escenas panorámicas con varios grupos de personas, cuidadosamente estructurados y realistas, que tenían un gran énfasis en el movimiento. De entre sus cuadros, *El triunfo de la muerte* (1562) es el que revela mejor su imaginario fantástico: ahí un ejército de esqueletos, que representa la epidemia, arrasa con una aldea. Es un cuadro con un fascinante poder narrativo, casi cinematográfico, que lleva al ojo de escena en escena, de detalle en detalle, revelando las atrocidades de la peste.

Bosch y Bruegel pintaban en los albores del capitalismo y el ocaso del feudalismo. El suyo era un arte que revelaba el terror del fin de una era, la cual tiene mucho en común con nuestro tiempo y la crisis (¿mortal?) del capitalismo tardío. De manera similar, el cine apocalíptico relata el malestar de un tiempo de ocaso y de una sociedad en declive ante el colapso del

orden mundial. Hoy como entonces vivimos tiempos inciertos, y si bien podemos pensar que no hay comparación posible entre el sufrimiento humano del medievo y el de hoy, basta con invocar la gran marcha de millones de seres humanos que en la India fueron obligados a volver a sus pueblos, expulsados de las ciudades donde vivían y trabajaban. El gobierno de Narendra Modi impuso el 24 de marzo, a las ocho de la noche, sin plan alguno y con sólo cuatro horas de aviso, un encierro total a 1.38 mil millones de personas en todo el país. Esto dejó a los trabajadores pobres sin empleo ni ingresos ni la posibilidad de salir a la calle a buscar alimentos. En su mayoría fueron expulsados de sus viviendas inmediatamente y obligados a caminar (todo transporte público quedó suspendido) de regreso a sus pueblos de origen, en una marcha tortuosa que duró semanas, durante la cual no podían conseguir alimentos, eran rechazados en las poblaciones a las que se acercaban y además, por el toque de queda, no podían sino caminar durante el día bajo el terrible calor. El recuento de esta tragedia gigantesca está por hacerse, pero el costo en vidas y sufrimiento fue brutal.

Hieronimus Bosch y Pieter Bruegel pintaban en los albores del capitalismo y el ocaso del feudalismo. El suyo era un arte que revelaba el terror del fin de una era

APOCALIPSIS DE CELULOIDE

La arqueología fílmica de nuestras pesadillas apocalípticas comienza con *El fin del mundo (Verdens Undergang)*, la película danesa de August Blom, de 1916, inspirada en el miedo a las calamidades que supuestamente traería

el cometa Halley a su paso en 1910. A ésta siguió *Diluvio (Deluge, 1933)*, de Felix E. Feist, la cual mostraba Nueva York siendo arrasada por las olas. Otras visiones catastróficas siguieron a estas cintas pioneras, en particular tras el fin de la Segunda Guerra Mundial y el terror atómico que dio lugar tanto a las hecatombes godzilianas como al pavor de exterminio en guerras nucleares. La maquinaria hollywoodense volvía periódicamente al tema del fin del mundo pero hacia finales del siglo XX se comenzó a convertir en un género en sí mismo, una industria redituable con cintas taquilleras como *Doce monos (12 Monkeys, Terry Gilliam, 1995)* *Día de la independencia (Independence Day, Roland Emmerich, 1996)*, *Impacto profundo (Deep Impact, Mimi Leder, 1998)*, así como la icónica *The Matrix* (Lana y Lilly Wachowski, 1999).

En lo que va del siglo XXI se han hecho más películas y series apocalípticas que en todo el siglo XX. Entre el 2000 y el 2020 la humanidad ha sido destruida por accidente, mala voluntad, arrogancia, debilidad, regímenes autoritarios, microorganismos, monstruos de otros mundos, el cambio climático y corporaciones sin escrúpulos. Hemos sido devorados cientos de veces por zombis, incinerados por dragones y envenenados por plantas rencorosas; vimos renacer a Mad Max en la prodigiosa *Furia en el camino (Fury Road, George Miller, 2015)* y evaporarse a la mitad del universo en la megatelenovela *Avengers: Endgame* (Joe y Anthony Russo, 2019). Imaginar que el futuro no tendrá lugar es un entretenimiento electrificante y preparación emocional para la catástrofe inminente. La mayoría de las personas tiene conciencia de que dejamos un mundo en ruinas para nuestros hijos. Al asumir que moriremos súbitamente en un

evento planetario nos lavamos las manos de la vergüenza y la responsabilidad.

Pero toda pesadilla apocalíptica debe incluir un purgatorio postapocalíptico, en el que puñados de sobrevivientes vuelven a crear algún tipo de orden a partir del caos, estableciendo comunidades súperarmadas, pandillas punks recorriendo las carreteras en busca de gasolina o burócratas comiéndose unos a otros. Originalmente eran fantasías urbanas y burguesas que proponían un regreso a la familia *nuclear* o a la tribu, en las que el protagonista recuperaba su posición de protector, cazador, guerrero, aislado de los escombros de una sociedad depredadora y corrupta. Era el renacimiento de una época simple, sin feminismo ni políticas de identidad, donde el hombre provee y la mujer es provista. Las narrativas apocalípticas contemporáneas han cambiado, se han vuelto incluyentes, diversas e interseccionales. Pero a pesar de ser igualitarias y antidogmáticas, las fantasías del fin del mundo conservan los elementos de venganza e impotencia que les sirven de combustible.

La pandemia del Covid-19 ha dado lugar a numerosas listas de películas, novelas y obras sobre epidemias que han ganado popularidad en el encierro. Es claro que en el confinamiento disfrutamos tanto como padecemos al ver obras que tienen resonancia con la calamidad que aflige hoy a la humanidad. Contemplar el apocalipsis desde el apocalipsis se presenta como un privilegio fascinante.

A diferencia de nuestros predecesores, que buscaban en dioses déspotas protección de la peste negra, el cólera y la viruela, las clases medias del mundo con acceso a agua potable, servicios de salud,

electricidad, internet y comida entregada a domicilio, hemos pasado las primeras doce semanas de confinamiento contemplándonos a nosotros mismos en la zozobra mediatizada de un apocalipsis anunciado una y otra vez. Lo recibimos en pijamas y pantuflas, inclinados sobre el fregadero, lavando platos, viendo interminables series y películas olvidables, leyendo las cifras diarias de muertes y contagios, comparando las estrategias de las naciones como si fuera una competencia o un *reality show*.

En cada conferencia, reunión y clase vía Zoom o cualquier plataforma nos vemos a nosotros mismos en la pantalla, separados de nuestros interlocutores, compañeros, amigos, empleados, jefes o desconocidos por una cuadrícula que determina la nueva geografía del espacio social. Así, al conversar o escuchar a otros estamos permanentemente atentos a nuestros gestos y movimientos en la pantalla. Como si se tratara de un largo *selfie*, de un *performance* en el que participamos y somos espectadores, incorpóreos y materiales, presentes y distantes. Podemos así vigilar y corregir nuestras expresiones, movimientos y palabras en un ejercicio de narcisismo poco velado. Este sistema es un paradójico monumento al ego en un tiempo en que hemos abandonado, por la fuerza y la cuarentena, gran parte de nuestras obsesiones con la imagen personal, la ropa, el maquillaje y el peinado.



Eva Green en Al final de los sentidos. Fuente: imdb.com

CUATRO PARÁBOLAS EPIDÉMICAS

Hace 25 años, durante el fin de semana del 24 y 25 de marzo de 1995, la película más taquillera fue *Epidemia (Outbreak)*, disponible en Netflix), del entonces exitoso Wolfgang Petersen. El reparto multiestelar incluía a Dustin Hoffman, Cuba Gooding Jr., Morgan Freeman, Donald Sutherland, Rene Russo y el ahora canceladísimo Kevin Spacey. Este *thriller* partía de elementos realistas acerca de la propagación del ficticio virus motaba, el cual tenía resonancias con el aterrador virus del ébola que en ese momento amenazaba con escapar de África Central y convertirse en una pandemia. La cinta era caótica y apilaba absurdos fantásticos en una trama enredada y a la vez extraordinariamente simple que incluía: un sucio secreto criminal del ejército, una ruptura amorosa, la amenaza de borrar del mapa una ciudad californiana para impedir que el país entero se contagiara, hospitales rebasados y un carismático mono capuchino como el adorable paciente cero capaz de impedir la tragedia. A pesar de misiles, bombas y militares amenazantes, la secuencia más poderosa del filme es aquella en que vemos

las gotas de saliva de un estornudo flotar en una sala de cine oscura, contaminando al público en silencio, una sensación que inmediatamente tenía un reflejo en la sala de cine donde se exhibía este filme. Es una película pre 9/11, cuando la visión hollywoodense estaba aún dominada por la certeza arrogante de que la voluntad, el ingenio y poderío estadounidenses podían resolver todos los problemas del universo. Los ataques al World Trade Center y el Pentágono fueron una incisión en la psique nacional, como la denomina Karen Ritzenhoff, que rasgó la noción de invulnerabilidad de la primera potencia mundial. Esto se tradujo, entre muchas otras consecuencias, en la desaparición de los finales felices hollywoodenses, o por lo menos en transformar esa visión optimista en una mueca de cinismo.

Dieciséis años más tarde, Hollywood nos dio otro acercamiento fílmico al universo viral, en *Contagio* (*Contagion*, 2011), de Steven Soderbergh, una cinta inquietante que no utiliza secuencias de acción explosiva ni persecuciones de helicópteros para crear una atmósfera de profunda ansiedad, al mostrar interacciones sociales aparentemente inocuas que se revelan como los estremecedores contactos de contagio: estrechar una mano, compartir un elevador, comer cacahuates en un bar, abrazar a algún ser querido, tener un *affaire* amoroso. La cinta comienza el segundo día del contagio y hábilmente nos conduce por el laberinto de la epidemia, hasta la aparición de una vacuna ofreciendo diferentes perspectivas. Es también una película repleta de celebridades: Gwyneth Paltrow, Laurence Fishburne, Matt Damon, Jude Law, Marion Cotillard, Kate Winslet y Bryan Cranston. Pero a diferencia de la de Petersen, el tono

siempre es sórdido y angustiante, un reflejo de esta nueva era, post 9/11, en que las certezas se han colapsado. Asimismo, es un filme hecho tras la epidemia de SARS (2002-2003), que puso en evidencia las debilidades de los servicios de salud pública y anunciaba que una gran pandemia podía suceder en cualquier momento.

Steven Soderbergh describe de manera vibrante los procedimientos de contención del contagio y el rastreo de los casos para detectar el origen de la enfermedad

En *Contagio* no hay villanos siniestros (salvo un ambicioso bloguero que quiere enriquecerse con la desgracia) ni complots absurdos y Paltrow es eliminada en un parpadeo para terminar en una mesa de autopsia. La cinta tiene una estructura circular que evoca la naturaleza cíclica de las epidemias. Soderbergh describe de manera vibrante los procedimientos de contención del contagio y el rastreo de los casos para detectar el origen de la enfermedad, el cual se revela en el epílogo que muestra el Día uno: un murciélago defecó en el corral de un cerdo que luego fue usado para preparar un festín en un casino en Macao. Aquí los héroes son médicos y científicos competentes y sacrificados (en su mayoría mujeres) que hacen todo por descubrir el origen del virus zoonótico y su cura, como una investigadora que desafía el protocolo al inyectarse a sí misma para probar la viabilidad y eficiencia de una vacuna.

Estas cintas ofrecen dos visiones contradictorias del heroísmo, la primera cuenta con el cliché del militar y médico, el epidemiólogo

individualista como hombre de acción. La institución aquí es corrupta, el héroe está siempre en lo correcto. *Contagio* es un filme acerca de la respuesta institucional, de las debilidades y fortalezas del sistema de salud público y sus protocolos, así como la inevitable y a veces afortunada aparición de disidentes y rebeldes en el proceso de investigación.

Toda película apocalíptica aspira, aunque sea cándidamente, a ser una parábola reveladora. *Niños del hombre* (*Children of Men*, 2006), de Alfonso Cuarón, y *Al final de los sentidos* (*Perfect Sense*, 2011), de David Mackenzie, son brillantes alegorías fílmicas que sitúan nuestras ansiedades y temores en el contexto de lo inmediato. La primera, estelarizada por Clive Owen, Julianne Moore, Michael Caine y Clare-Hope Ashitey, presenta un mundo bajo dominio autoritario que literalmente se queda sin futuro, ya que tras una pandemia de influenza en 2009 las mujeres del mundo pierden la capacidad de embarazarse y tener hijos. Así, tenemos una variante del mito de la natividad en Inglaterra, en un tiempo de fascismo militarista, subversión armada, terrorismo, racismo y deportaciones masivas de inmigrantes, es decir algo muy similar al aquí y ahora. La de Mackenzie evade las referencias políticas y describe una pandemia en la que la gente comienza por perder el olfato y con él incontables memorias y recuerdos: "sin olfato, un océano de imágenes desaparece". A esa pérdida siguen otras que van dejando a la humanidad aislada de su entorno, de sus semejantes y experiencias, algo similar a lo hecho por Béla Tarr en *El caballo de Turín* (*A torinói ló*, 2011). El enorme poder de *Al final de los sentidos*, con Eva Green y Ewan McGregor, radica en cómo, ante el avance de un patógeno contagioso, la gente trata de adaptarse, resignándose, descubriendo

nuevas formas de expresión, de placer y sensaciones desconocidas en cada fase, tratándose de convencer de que la vida sigue aún en un mundo inoloro, insípido, oscuro y silencioso.

Volver a estas cuatro películas durante el confinamiento es redescubrir pequeños detalles que tienen resonancia con nuestro confortable apocalipsis. *Epidemia* comenzaba en África pero muy pronto se volvía un problema local estadounidense que revelaba su violencia endogámica. *Contagio* describía un mosaico internacional, como un mapa con líneas que cruzan de un continente a otro para mostrar las rutas del contagio. *Niños del hombre* emplea la pandemia como un pretexto para la búsqueda de la esperanza en un tiempo de desconsuelo y desmoronamiento de los ideales de democracia.

Pero entre todas las cintas del fin del mundo, quizá la más conmovedora es *Al final de los sentidos*, la cual con gran inteligencia y sin sentimentalismo hace una fulminante síntesis de lo que significa perderlo todo ante los cambios incontrolables que nos rodean. Plantea que el verdadero apocalipsis comienza cuando perdemos la posibilidad de imaginar, amar y crear. Así como la peste marcó el fin de un tiempo de explotación feudal, el coronavirus podría ser el epílogo de la depredación neoliberal compulsiva del capitalismo. El medievo culminó en una era de renacimiento aunque no de justicia o igualdad, ojalá que este nuevo medievo que vivimos se desmorone y deje algo menos represivo y desigual. La pandemia en cierta forma disparó las revueltas en contra de la brutalidad policiaca y el racismo en Estados Unidos, que han tenido resonancia en todo el mundo. Esperemos que esto no quede en un movimiento pasajero

y que el tiempo de confinamiento no sea tan sólo una pausa en la inercia suicida de nuestra especie.

Fuente: https://www.razon.com.mx/el-cultural/contemplar-vivir-apocalipsis-358270?fbclid=IwAR147RCoSwaGGDxyHHmfWdWLYcLL04Tu9VmrB_qLSzR7hrzSo0uMdu7ugy8



PETER SINGER: * “LA PANDEMIA HA DEMOSTRADO QUE NO TODAS LAS VIDAS VALEN LO MISMO”

MACARENA GUTIÉRREZ

16 de junio, 2020

Peter Singer, filósofo/Foto: Alletta Vaandering /

Alletta Vaandering

El controvertido filósofo desgrana las enseñanzas y contradicciones de una crisis que “ha cambiado radicalmente nuestra forma de ver la muerte”

Peter Singer (Melbourne, 1946) lleva décadas filosofando sobre cuestiones espinosas, algunas consideradas tabúes como el aborto, la eutanasia y hasta el infanticidio, desde una perspectiva utilitarista que le ha colocado en más de una picota académica. Profesor en la Universidad de Princeton, en los 90 puso en entredicho la sacralidad de la vida en “Repensar la vida humana” (Ediciones Paidós), un libro que le posicionó como uno de los filósofos más influyentes del mundo y también uno de los más controvertidos. Los derechos de los animales,

* Peter Albert David Singer, Melbourne, Victoria, Australia, 1946, es un filósofo utilitarista australiano. Profesor de derecho y más tarde de filosofía en la Universidad de Monash (Melbourne). Tras sus estudios iniciales en Australia, se traslada a la Universidad de Oxford, donde toma contacto con el utilitarismo ético mediante la lectura de autores en lengua inglesa, como Jeremy Bentham y John Stuart Mill.

el altruismo, el desarrollo del Tercer Mundo y la lucha contra el cambio climático han ocupado su pensamiento en los últimos años y han “convertido” al veganismo a varias generaciones de estadounidenses. Desde Australia, donde está pasando el confinamiento, concede por Skype esta entrevista en la que repasa los grandes temas, empezando por la vida y acabando por la muerte, que el Covid-19 nos ha vuelto a poner delante.

-Usted siempre ha cuestionado la sacralización de la vida humana en sociedades como la nuestra. ¿De qué forma cree que esta pandemia nos hará replantearnos ese concepto?

Esta crisis nos ha enfrentado al dilema de decidir a quién le salvamos la vida cuando no hay suficientes respiradores. Esto desafía la idea, mayoritariamente asumida, de que todas las vidas valen lo mismo y que son igual de importantes. Mucha gente ha llegado a la conclusión de que es mejor salvar a los más jóvenes, a los que tienen más años por delante. Darle un respirador a alguien de 40 antes que a uno de 80. Estamos cambiando radicalmente la forma en que vemos la vida y la muerte.

-¿Qué otros dilemas nos está despertando la crisis sanitaria?

El difícil equilibrio entre salvar vidas humanas y proteger la economía. Es un tema complejo, sin duda. ¿Hay que defender la vida por encima de todo o hay que proteger la economía y evitar futuros males a aquellos que, aunque no van a morir, van a ver perder sus trabajos y se van a quedar atrás? Hace falta un equilibrio.

-¿Cree que sus tesis se están viendo reforzadas? Al menos queda demostrado que cuando llega el momento de la verdad y hay que tomar decisiones, la mayor parte de la gente tratará de salvar las vidas de los que pueden sobrevivir más tiempo y en mejores condiciones. En el fondo, si nos sentimos presionados la mayoría echará mano del utilitarismo y no de conceptos relacionados con la santidad de la vida humana. Todo eso está bien cuando no te ves en la tesitura de hacer un juicio definitivo, pero no es verdad que todas las vidas valgan lo mismo. Y no tiene sentido tirar una moneda al aire para decidir si quien vive es el de 40 o el de 80 años.

-Da la impresión de que esta pandemia nos ha hecho darnos cuenta de cosas que antes, cuando todo iba bien, no queríamos reconocer. Exactamente. Hemos descubierto aspectos de nosotros mismos que siempre han estado ahí pero que habíamos enterrado porque no nos hacían falta. O no hablábamos de ello o lo hacíamos de una manera retórica y con unos argumentos que no expresaban lo que de verdad sentíamos.

-Vamos, que hemos llegado a la conclusión de que no todas las vidas son iguales. Eso es, el pensamiento dominante decía una cosa y la realidad ha dicho otra. Sé que hay gente a la que esto no le parece bien, pero desde luego no he visto grandes corrientes que se hayan opuesto. La postura mayoritaria ha sido que había que tomar esas decisiones.

-En España parece que hemos perdido las dos batallas, no hemos salvado muchas vidas ni la economía. Desde el punto de vista ético, ¿cuál es el debate entre salvar la economía o salvar vidas? El asunto principal es que no tenemos un denominador común para hacer esa comparación. Habría que encontrar una medida para valorar las ganancias en ambos lados, que evidentemente las hay. Además, aunque tuviéramos ese indicador tampoco contamos con la información necesaria sobre el coste real de la pandemia. Y no me refiero solo a dólares o euros, sino al coste en términos de sufrimiento humano o de pérdida de calidad de vida. Tendríamos que saber también de qué forma va a repercutir negativamente en las personas la crisis y cómo de fuertes habrían sido nuestras economías si no nos hubiéramos confinado. Igualmente, es imposible saber cuánta gente habría muerto si no hubiéramos parado el mundo. Seguramente muchas más. Nunca nos hemos encontrado en una situación como esta.

-Se antoja muy difícil comparar el coste de la pérdida de vidas con el coste en la calidad de vida de futuras generaciones a las que lo ocurrido les ha estropeado el futuro. Quizá se hayan salvado vidas a costa de empeorar muchas otras a medio y largo plazo. Hace ya varios años que economistas expertos en Salud están tratando de comparar el valor de las intervenciones sanitarias, preguntando a la gente cuestiones que implican una elección entre una vida más larga y otra con más calidad. En la disyuntiva entre un buen año sin operarte o dos años enfermo tras una intervención, la mayoría rechaza la segunda opción. En cambio, si varías el número de años y

subes a tres los que vives, aunque sea en cama, ya habrá más personas que lo elijan. O sea, que un año en la cama es solo un tercio de bueno que uno haciendo vida normal. Esto te da un poco una idea de cómo nos enfrentamos a dilemas de este tipo.

-¿Cómo se traslada eso a la pandemia? Podríamos hacerlo para entender mejor el sentir general, pero llevaría demasiado tiempo que no tenemos. Sin embargo, la pandemia demuestra que tenemos que hacer más investigaciones de este tipo para saber qué es importante en la vida de la gente y cómo piensa y siente la población. Hasta qué punto estarían dispuestas a cambiar número de años por calidad de vida. Por ejemplo, puedes preguntar a alguien mayor, que esté enfermo de coronavirus, si preferiría vivir otros tres años a sabiendas de que eso implicaría que sus hijos o sus nietos tuvieran una vida mucho peor. Estoy seguro, y ahora le hablo como abuelo, de que muchos dirían que no, que no querrían imponer una vida peor a sus descendientes a cambio de dos o tres años más de vida.

-Si esto fuera mayoritario, significaría que los Gobiernos van por un lado y el resto de la sociedad, por otro. Eso es así la mayor parte de las veces. Ellos intentan por normal general evitar muertes, y no preguntan a la gente qué quiere. Quizá se trate simplemente de que no están dispuestos a asumir las consecuencias políticas de un mayor número de fallecimientos. En cualquier caso, según vayamos dejando atrás la pandemia, los ciudadanos empezarán a cuestionar si el Gobierno

ha tomado las decisiones adecuadas o no. Eso nos colocará en una mejor posición cuando venga otra peste, que lo hará.

Está claro que no usar voluntarios para probar la vacuna está retrasando enormemente el proceso. Admiro mucho a los que quieren hacerlo, para mí son héroes.

-Ahora que todo el mundo anda detrás de la vacuna, ¿cuál es el mayor riesgo para usted desde una perspectiva ética? El mayor peligro es retrasar la consecución de la vacuna porque nos empeñamos en emplear los métodos tradicionales para testarla. Ahora no tenemos ese tiempo. Cada día que pasa se traduce en miles de muertos. Podríamos saltarnos los test previos en animales, que tampoco suelen ser muy reveladores y causan mucho sufrimiento. El otro tema es si resulta ético exponer deliberadamente a voluntarios al virus después de aplicarles la vacuna en estudio. Hay mucha gente que se ha apuntado en la web "1 Day Sooner", que ya lleva cerca de 30.000 solicitudes de más de cien países. Asimismo, hay quien no lo considera ético y opina que debería probarse en la población general, sobre todo en los sanitarios. Está claro que no usar voluntarios está retrasando enormemente el proceso. Admiro mucho a los que quieren hacerlo, para mí son héroes. Se ponen a sí mismos en riesgo para salvar a otros.

-Entiendo que usted claramente apoya el empleo de cobayas humanas. Si, sé que existen riesgos, pero los voluntarios los conocen.

Lo contrario pone en peligro a mucha más gente que puede morir sin vacuna. Hay riesgos de una u otra forma, eso no lo podemos evitar. Mientras usted y yo hablamos, hay millones de personas en peligro que pueden perder la vida. No se les pide a los voluntarios que hagan algo diferente a lo que la población mundial está sometida en estos momentos: exponerse al virus.

-¿Le ha sorprendido algo del comportamiento humano en estos tres meses? Sobre todo el nivel de obediencia, incluso en países como EE UU, en los que hay un alto grado de sospecha hacia el Gobierno. Aunque veneran la libertad y los derechos individuales, cuando ha llegado el momento y el Estado les ha prohibido hacer esto y lo otro, la enorme mayoría lo ha acatado.

-Quizá tenemos más miedo del que estamos dispuestos a aceptar en alto. Sí, es posible. Al final, las personas son mucho más utilitaristas de lo que yo mismo habría dicho. Esos derechos de libertad se pueden dejar a un lado cuando de lo que se trata es de salvar vidas.

-Desde el punto de vista medioambiental, ¿qué conclusiones saca? ¿Está tratando la Tierra de decirnos algo? Es una metáfora bonita, pero poco más. Lo que quizá sí saquemos de esto es una mayor colaboración internacional para prevenir pandemias futuras, como cerrar los mercados húmedos, por ejemplo. A lo mejor también se plantea acabar con las granjas industriales, que también han causado otras

epidemias en el pasado. Esos centros de producción animal para alimentación son la mejor manera posible de fabricar plagas futuras: juntar a muchos animales en un sitio cerrado y pequeño y someter su sistema inmune a un gran estrés. Todo esto puede tener un efecto positivo en el cambio climático, la otra gran amenaza catastrófica que nos acecha.

-¿Es usted de los que ha visto un crecimiento de la solidaridad, o al final solo se trata de sobrevivir? Bueno, es algo que varía de un ser humano a otro. No es que haya una regla que diga que cuando tu vida peligra tengas que abandonar a otros. Ahí tenemos el ejemplo del altruismo en los campos de concentración nazis. Creo que ha habido un buen nivel de solidaridad comunitaria, aunque no se puede generalizar. También tenemos las imágenes del saqueo de papel higiénico en los supermercados. Me gustaría pensar que todo este ambiente se va a mantener en el tiempo, pero es probable que vaya desapareciendo... Veremos.

Fuente:

https://www.larazon.es/coronavirus/20200616/md57e2uhpjbxbfq5fnpturmuri.html?fbclid=IwAR2hKqVIkgJZsrItI2SbDmPWvx4xyVgut7PZC2auvSkXtDm_eXGGZsOu5F

Y



ENTREVISTA IGNACIO RAMONET:* EL MUNDO DE HACE UNOS MESES, DESAPARECIÓ

OMELIO BORROTO LEISECA

Foto: Patricia Villegas Puente de Angostu

18 de junio, 2020

El periodista, escritor y experto en Comunicación, Ignacio Ramonet, ha limitado sus movimientos y cumple, en La Habana, con excelente salud, las medidas de aislamiento social

La pandemia es uno de esos hechos sociales totales, no es una crisis sanitaria únicamente.

El periodista, escritor y experto en Comunicación, Ignacio Ramonet, ha limitado sus movimientos y cumple, en La Habana, con excelente salud, las medidas de aislamiento social. Sin embargo, de ese reposo aparente ha nacido un ensayo que ya gana calificativos, como herramienta que ayuda a entender las circunstancias y consecuencias de la COVID-19 para la humanidad: «Ante lo desconocido... la pandemia y el sistema-mundo».

A fin de acercarnos más a las implicaciones de la enfermedad global en la geopolítica mundial y la comunicación social, Ramonet nos concedió algunas reflexiones.

* Ignacio Ramonet, Redondela, Pontevedra, 1943, es un periodista español catedrático de teoría de la comunicación establecido en Francia. Es una de las figuras principales del movimiento altermundista.

«Yo definiría a la pandemia como un hecho social total. Ese es un concepto de las ciencias sociales que indica que, a veces, un hecho social tiene la facultad de perturbar al conjunto de los actores, al conjunto de las instituciones y al conjunto de los valores de una sociedad. Hay pocos hechos sociales totales, pero la pandemia es uno de ellos, no es una crisis sanitaria únicamente. La cuestión que se plantea hoy en día es precisamente si el neoliberalismo tiene una parte de responsabilidad en la tragedia sanitaria. ¿En qué medida? En la medida en que el neoliberalismo es partidario de la reducción del tamaño del Estado y también en la medida en que el neoliberalismo trata, precisamente, de ceder el máximo de poder al mercado, en detrimento del Estado.

«En muchos países todo lo que es la Salud Pública ha visto reducir su presupuesto. En el caso de Italia y España hay, además, las consecuencias de la crisis de 2008. En el seno de la Unión Europea, los países del norte, Alemania primero que todo, exigieron, para ayudar a los países que habían sufrido el descalabro de su modelo económico-financiero impuesto por el neoliberalismo (Grecia, España, Italia, Portugal, Irlanda), que tuvieran políticas de austeridad del Estado, que funcionasen con menos gastos, y se redujo el sistema de Salud, se suprimieron hospitales, en particular las camas de las unidades de cuidados intensivos, los respiradores, y cuando llega la pandemia no es una casualidad que España e Italia tengan las dificultades que han tenido, o el Reino Unido también.

«¿Qué ocurrirá cuando pase la pandemia y las sociedades hagan un examen y pidan responsabilidades a los gobernantes que globalmente lo han hecho mal en todos los grandes países? ¿Por qué no han previsto esta pandemia? Yo demuestro en el ensayo que, en todo caso, en Estados Unidos es la pandemia más anunciada del mundo. Doy ejemplos de informes de la CIA, del Pentágono, de científicos, de otros dirigentes norteamericanos, de empresarios como Bill Gates, que todos anunciaban que un coronavirus, no un virus, un coronavirus aparecería antes de 2025, y que provocaría esto que está ocurriendo hoy, y encontraría a los Estados sin mascarillas, sin camas suficientes, sin protectores faciales, sin batas de protección, sin camas de todo tipo. La mala gestión de estos gobernantes ha provocado miles y miles de muertos, y esos muertos tienen familias, no son muertos que hayan sido culpables de cualquier cosa, son muertos inocentes.

«Otro aspecto es el geopolítico. De esta situación, ¿cómo vamos a salir? ¿Cómo será el mundo después de esto? El mundo no puede ser igual después de esta pandemia, porque no sabemos cómo terminará, cuántos muertos habrá al final. En ese mundo diferente lo que podemos ver, desde el punto de vista geopolítico, es que el liderazgo de Estados Unidos ha fracasado. Ese país no ha estado a la altura, en particular, porque ha estado muy mal gestionado. Si hay un líder, entre los líderes de los grandes países del mundo, que ha tenido un comportamiento, digamos, totalmente impresentable, totalmente estrafalario, ha sido el presidente Trump, que se ha comportado, en muchos casos

literalmente, como un payaso en una situación tan trágica, para un país con las responsabilidades que tiene Estados Unidos. ¿Le costará esta gestión su elección a Trump? Es otra de las preguntas, cuya respuesta aún no tenemos, pero no cabe duda de que lo ha debilitado.

«Vamos hacia un desastre económico a nivel mundial que será idéntico o superior al de la gran crisis, la gran depresión de 1929, que es la crisis más importante que ha conocido el capitalismo desde que surgió en el siglo xviii. Entonces, ¿qué pasará en el mundo? ¿Qué pasará en esos países del sur que ya tienen mil problemas? ¿Qué tipo de crisis social y política? ¿Qué pasará en los países que tienen enfrentamientos militares? No sabemos a nivel geopolítico qué va a pasar en el mundo, estamos viendo el aspecto sanitario del problema, pero este aspecto sanitario tiene una ola de situaciones que provoca. Evidentemente, deja ver un segundo acto, que va a ser económico, y un tercer acto, que va a ser político y social, y obviamente eso ocurrirá.

«Claro que el virus no es una revolución, pero está permitiendo ver, por ejemplo, cómo en muchas sociedades los pobres mueren, no porque tienen el coronavirus, sino porque son pobres, porque la Salud no es para ellos. Un tratamiento en Estados Unidos cuesta término medio 35 000 dólares; no todo el mundo tiene ese dinero, no todo el mundo tiene el seguro para poder curarse; los ilegales, los inmigrantes, que son millones y millones, no tienen acceso ni siquiera a los cuidados médicos.

«En términos de comunicación, evidentemente hay un debate para imponer un relato, porque esa es la primera batalla, la comunicacional, con 4 500 millones de personas encerradas en sus casas. La primera lección es que lo que se impone es la comunicación digital, todo el mundo ha desarrollado comunicación digital mediante las redes sociales, mediante las mensajerías, eso es lo que ha dominado. La gente no ha tenido acceso al papel, las librerías estaban cerradas, los kioscos de periódicos estaban cerrados. Por consiguiente, ha habido un mayor triunfo de lo digital, yo diría la apoteosis. Otra lección, y es una cosa que nosotros ya habíamos anunciado, es que el dato es la materia prima dominante de nuestro tiempo. Esos datos hoy es lo que tiene valor, y es lo que hace que haya nuevos imperios de las empresas de datos, el Big Data.

«También está el problema de la privacidad. En ese aspecto se dice que los países que mejor han combatido la covid-19 son los que han utilizado las nuevas tecnologías, en particular las cámaras de vigilancias y las aplicaciones en los teléfonos.

«En términos de comunicación se ha querido imponer un relato, y eso ha dado lugar a una gran patraña de *fake news*, noticias falsas contra verdades, y nunca se han producido tantas noticias falsas como en esta época. También conviene recordar, para terminar, que la crisis sanitaria es un aspecto de la crisis climática, la verdadera crisis que está viviendo

el planeta es la crisis climática, lo que mañana puede realmente destruir el planeta, como lo anunció Fidel Castro».

Fuente: http://www.granma.cu/cuba/2020-06-18/ignacio-ramonet-el-mundo-de-hace-unos-meses-desaparecio-18-06-2020-22-06-20?fbclid=IwAR2b87fmpyqqY09cIp3-8eBRu3YT77v5vWSDQ_4H3AtzLry2gVNbMwla2Lo



¿COMIDA DIGITAL? NO, GRACIAS

SILVIA RIBEIRO*

20 de junio, 2020

Los grandes ganadores de la pandemia han sido las plataformas digitales, que además de hacer ganancias astronómicas han exacerbado desigualdades e injusticias –paradójicamente, bajo una imagen idílica de que estamos todos conectados. Ahora la agenda de estas empresas avanzó vertiginosamente, también en el mayor mercado del planeta: agricultura y alimentación. Desde el grupo ETC describimos el avance de la digitalización del sistema agroalimentario en el reporte *Tecnofusiones comestibles* (<https://tinyurl.com/y8bwd6k3>).

Las más grandes empresas de ambos sectores están en movimiento, tanto en el Norte como en el Sur. Microsoft ha diseñado programas especiales para digitalizar todo el trabajo en campo; varias empresas digitales tienen contratos con empresas de maquinaria, como John Deere y CNH, para la recolección, a través de sus tractores, de datos de suelo, siembra y clima en sus nubes electrónicas. Las mayores empresas globales de comercio de materias primas agrícolas, Cargill, ADM, Cofco, Bunge, Louis Dreyfus y Glencore, sostienen una colaboración para el desarrollo de plataformas de tecnologías digitales

* Investigadora del Grupo ETC.

(especialmente *blockchain* e inteligencia artificial) para automatizar el comercio global de granos.

Walmart compró el año pasado la inmensa cadena de ventas electrónicas Flipkart, en India, mientras la cadena de supermercados Carrefour hizo un acuerdo con Google para impulsar ventas de comestibles en línea. A su vez, la cadena francesa de supermercados Monoprix suscribió un acuerdo de ventas en línea con Amazon. Alibaba y Tencent, de China, se están disputando el control del enorme mercado de ventas de alimentos de China.

Mientras millones de migrantes, trabajadores informales y temporales rurales y urbanos, con la pandemia, quedaron sin sus fuentes mínimas de ingresos y fueron empujados al hambre junto con sus familias, las empresas digitales y de agronegocios reportaron en abril 2020 abultadas ganancias. Amazon, por ejemplo, reportó 24 mil millones de dólares. Nestlé, la mayor empresa global de alimentos y bebidas, productora de refrescos azucarados y otros alimentos ultraprocesados, productora serial de diabetes y obesidad, registró 8 mil millones de dólares. Una cifra, señaló Grain, mayor que todo el presupuesto anual del Programa Mundial de Alimentos de la ONU.

No obstante, las mayores empresas de agronegocios, como Tyson Foods, segunda productora global de carnes, se quejan de que la crisis los afecta y alegan que el sistema alimentario está roto y, por ello, necesitan apoyos y exenciones de impuestos por los estados. El sistema alimentario agroindustrial es una verdadera fábrica de pandemias y han

sido además una alta fuente de contagios de sus trabajadores durante la crisis de Covid-19. Pero no se refieren a ello, sino a situaciones como las que vimos en Estados Unidos, donde grandes productores de lácteos y huevos han tirado a la basura su producción y otros han sacrificado miles de pollos o puercos, porque no era económicamente viable mantenerlos si no pueden venderlos en el momento preciso en que llegan al peso y tamaño que calcularon.

Como explica Michael Pollan, se trata de sistemas alimentarios paralelos dentro de la producción industrial en ese país. Por un lado, empresas que proveen a supermercados. Por otro, las que proveen insumos altamente especializados (por ejemplo, huevos licuificados) a instituciones públicas, como escuelas, que cerraron durante la pandemia. En lugar de mantener los animales o ver cómo hacerlos llegar a quienes pasan necesidades, las empresas decidieron tirarlos a la basura, alegando que no era económico hacer otra cosa (<https://tinyurl.com/y6wmdzar>).

En ese contexto, las compañías –tanto las digitales como las de agroalimentación– tomaron nuevo impulso para afirmar que la digitalización de toda la cadena agroindustrial es la clave para superar la crisis. Esa agenda ya la tenían desde antes, pero ahora el discurso se basa en el Covid-19 argumentando que gracias a ellas las personas han podido hacer sus compras *online*, que los robots no se enferman (ni hacen huelga o piden mejores condiciones), que el dinero electrónico no necesita contacto personal. Reclaman su esencialidad por ser proveedores de alimentos y convergen con las empresas de plataformas

digitales en que los estados garanticen acceso Internet en todas partes, que se hagan cargo de la infraestructura, que instalen redes 5G, para permitir mucho mayor volumen de datos, sin interrupciones (para que los sistemas de entregas con *drones* o vehículos no tripulados no se interrumpan), que se den pasos determinantes para el Internet de las cosas en agroalimentación.

Muchas evidencias y testimonios señalan que los sistemas alimentarios que realmente funcionaron y funcionan, que han llevado de forma segura la mayor cantidad y calidad de alimentos durante la crisis a los que los necesitamos y generan trabajo y salud, son los sistemas campesinos y las redes locales campo-ciudad. Que además previenen futuras pandemias. Esos son los sistemas que es vital apoyar, no este nuevo ataque a la agricultura y la alimentación.

Fuente:

<https://www.jornada.com.mx/2020/06/20/opinion/023a1eco?partner=rss>



**CUIDAR, COCINAR,
LIMPIAR. TRANSITAR
HACIA LA MUERTE EN
TIEMPOS DE COVID 19**

ALEJANDRA CIRIZA*

11 de julio, 2020

A Ileana

Mi madre se fue en estos días, a los 90 años.

Inteligente, bella y educada, cultísima, tuvo, dentro de los márgenes establecidos para las mujeres de su tiempo, una buena vida.

Los últimos meses fueron difíciles. Varias caídas y una quebradura de cadera desmoronaron su cuerpo ya muy fragilizado. Entonces su vida empezó a consumir la mía, y las de otras personas. Con su vida no alcanzaba para la vida.

Cuidar a una persona adulta dependiente implica aceptar que, como sabiamente señaló uno de mis hijos, ella no aprenderá una cosa nueva cada día, sino que más bien las irá perdiendo, como quien

* Activista feminista y Profesora de Filosofía, Mendoza, Argentina.

desgrana una fruta, una granada más precisamente, o irá tirando al agua los limones redondos de Federico. Y el agua no será de oro, sino de pena.

He cuidado a lo largo de mi vida, desde que era muy joven. Pero esas experiencias procedentes de lo que alguna vez nombré, para asombro de lectoras de Beauvoir, como el mundo de las mujeres, fueron las del sorprendente aprendizaje de los sentidos abiertos al mundo, de los nuevos nombres y las sabidurías escondidas en los cuerpos pequeños de mis hijxs, que me enseñaron miles de gestos y complicidades nacidos de la leche y el cuerpo materno. Ellxs trajeron a mi vida la ternura más extrema y el aflorar de miedos desconocidos ante sus salidas intempestivas, o sus exploraciones audaces, que me enfrentaron a la fragilidad de sus vidas. Avatares de lo que Adrienne Rich nombró como la experiencia de la maternidad, con sus contradicciones de cólera y amor intensos.

Hay en el cuidar seres humanos y en la reproducción de la vida una densidad difícil de percibir para quienes viven en una sociedad dominada por la lógica mercantil del capitalismo. Como bien supo verlo Rosa Luxemburgo el capitalismo avanza sobre la base de la canibalización de otras formas de organización de las relaciones sociales a las que devora e incorpora subalternizándolas, utilizando a las personas como mano de obra gratuita merced a la racialización y la sexualización, utilizando sus producciones como materias primas de novedosas mercancías para expandir el mercado.

De allí la relación estrecha entre capitalismo y colonialismo, de allí la articulación profunda entre capitalismo y patriarcado. Merced la división social, racial y sexual del trabajo la maquinaria quebrantahuesos gobernada por la lógica de la ganancia se apropia de diversas formas del trabajo gratuito. Expulsa el cuerpo y la materialidad de la vida: la necesidad natural y social de alimento, descanso, afecto, la mortalidad del cuerpo que somos, el lazo con otros y otras, lo que nuestras compañeras feministas de Abya Yala nombran como la comunidad.

La escisión entre producción y reproducción invisibilizó el trabajo doméstico a la vez que lo feminizó generando una forma de control sobre las vidas de las mujeres que articuló hondamente capitalismo y patriarcado. Edulcorado bajo la gruesa cobertura del amor romántico, el trabajo doméstico pasó a ser un servicio... de cama, cocina, sexo y limpieza.

A medida que el capitalismo fue avanzando, en las últimas décadas, miles de mujeres migraron hacia el norte global para cubrir el puesto vacante que dejaban las blanqueadas que se incorporaban al mercado de trabajo. Ellas, las blancas, las europeas, las educadas, eran sustituidas por otras, migrantes y por eso desaventajadas en el trabajo inevitable de lidiar con esas necesidades corporales.

En su fase actual el capitalismo apuesta a la producción acelerada de mercancías inmediatamente desechables transformando al planeta en un inmenso contenedor de basura, acelera la apropiación del tiempo,

desmaterializa las relaciones entre los sujetos merced las tecnologías de la comunicación y la información.

Sin embargo en ese mundo inmaterial que apuesta a la extinción de la corporalidad humana resiste, empeñada en nacimientos, enfermedades y muertes, en sangre y carne real, en olores y sabores. De eso trata la vida de los seres naturales y sociales que somos.



Los tiempos de COVID19 nos ubicaron en un registro para muchas personas desconocido

El virus operó de muchas maneras. Confinándonos y aislándonos,

hiperindividualizándonos, si cabe, pero también como un revelador de las brutales desigualdades sociales, de lo escasamente comunes que son nuestras vidas.

Los medios repiten discursos de “sentido común”, el menos común de los sentidos, suponiendo que hay una “casa” donde refugiarse de la intemperie y permanecer a salvo del contagio, o a salvo del hambre, porque hay un salario, o a salvo de las enfermedades, porque hay un sistema de salud que responde, o a salvo de la distancia, porque hay conexión de internet y dispositivos electrónicos. La vida, para las clases

medias acomodadas, y ni decir para lxs ricxs, se llenó de zoom, jitsi, whats app, mientras en las barriadas, para los sectores populares urbanos, se llenó de ollas y falta de agua, hacinamiento e intemperie, desocupación y, en el mejor de los casos, magros subsidios estatales.

La imperiosa y suicida lógica del capitalismo requiere de una virtualidad intensa para reforzar el mundo de la fantasmagoría. También instaló la urgencia de la invención de una nueva normalidad construida sobre la base del expolio de lxs trabajadorxs. Allí fuimos muchxs a aprender cosas insólitas como dar clases virtuales, como si fuesen “reales”, a procurar resolver virtualmente cosas irresolubles.

Inútil. Bajo la ficción de la virtualidad la máquina quebrantahuesos se apropia de miles de horas de trabajo gratuito bajo la ilusión de: estamos en casa, trabajamos en pantuflas.

Sería interesante una mirada precisa y determinada. ¿Quiénes pueden hacerlo? La mayor parte de las científicas mujeres han escrito menos que los varones y producido en condiciones peores que las habituales. Una larga lista de publicaciones da cuenta de esa desventaja. Los costos subjetivos del teletrabajo, en términos de estrés y presiones para quienes cuidamos seres humanxs pequeñxs y viejxs son feroces. Las formas de presentarlo en cambio edulcoran la pérdida de derechos bajo la ficción de las ventajas de la no-presencialidad, que sólo ha estirado las jornadas de trabajo hasta límites insostenibles.

Los beneficiarios del mundo de la mercancía sueñan con instalar un mundo en el que todo pueda ser reemplazado por convenientes e

impalpables ficciones sin miseria, ni cuerpo, con un tiempo que ya no es siquiera el de los relojes, sino el tiempo estirable de la virtualidad... Todo muy soft, mientras la vida se adelgaza hasta límites incalculables en un sistema en el que todo se calcula.

La pandemia también hizo visible el trabajo doméstico y de cuidado. Comer, limpiar, cuidar, ingresaron como asunto de debate público y preocupaciones gubernamentales. De repente el trabajo doméstico y de cuidado fue nombrado como trabajo y miles de palabras sobre el asunto se reprodujeron en diarios, programas televisivos, radios, etc.

Todo debidamente urbanizado y convenientemente blanqueado, transformado en una aventura de escobillones en manos masculinas y experiencias culinarias en personas que no lo hacían en forma regular, e incluso no lo habían hecho jamás. Esta ola de discursos sobre lxs trabajadorxs esenciales no ha impedido la explotación extrema de las cuidadoras reales. En Argentina salió a la luz a través de historias horrorosas de personas transportadas en baúles de autos de alta gama.

Muchas palabras sobre el cuidado no protegen a las cuidadoras reales, y digo las porque son mujeres racializadas y pobres, que cobran los peores salarios del mercado y pierden sus trabajos sin que se active ninguna forma de protección social. Ser "trabajadoras esenciales" no las hace esenciales en el momento de los derechos. Las leyes existentes apestan. Eso, por supuesto, no se debate. Por qué no tienen jubilaciones, y cobran miseria no es un tema.

Y es que la pandemia llega bajo condiciones que no elegimos, como alguna vez señalara Marx a propósito de los avatares que, en 1848, llevaron al poder a Luis Bonaparte.

La elegía del cuidado y la saturación de discursos y debates sobre su significado no transformarán la conciencia social sobre su importancia, ni abrirá un espacio para considerar la corporalidad y la mortalidad humana si no nos empeñamos en sostener una perspectiva feminista y anticapitalista.

Y esto es así porque la maquinaria infernal del capitalismo no puede parar, y mientras la vida humana es frágil, vulnerable, marcada por la carnalidad del cuerpo y sus necesidades, se consume (la mía y la de mi madre, que terminó en estos días) la inercia de la maquinaria demanda tiempo y trabajo, productividad y aceleración. No importa qué sea lo que te suceda. La maquinaria ciega continúa generando inercias.

Imposible pausar

No hay espacio para la muerte, para el cuerpo, para el duelo.

Una opresiva sensación de suspensión me persigue en estos días. Es que incluso quienes desacordamos y llevamos años de puesta en cuestión de la insensatez productivista no podemos hallar el freno de mano.

Esta imposibilidad de pausa es hondamente personal a la vez que profundamente política. Si no indagamos en ella, si no nos preguntamos por los límites de este sistema bajo el cual se desencadena la pandemia y se nos incita a imaginar lo nuevo, lo que advenga lo hará bajo el sello de la productividad desenfrenada que impone la lógica capitalista. Lo hará imaginando tiempos flexibles en beneficio de otrxs. Lo hará suponiendo que cada unx es un individuo aislado, y no un sujeto ligado a otrxs corporal, afectiva, socialmente.

La clave se halla, a mi entender, en un freno de mano que nos permita detenernos a pensar el sentido de la productividad, que nos habilite a poner en cuestión el brutal expolio de la naturaleza en/de la cual vivimos, que desnaturalice el carácter individual de las posibles soluciones, que desprivatice el cuidado y la reproducción de la vida, que nos instigue a dudar de los beneficios de la virtualidad, puesto que nos está privando de la materialidad gozosa y trágica de la vida y de la muerte.

María Mies lo dice de un modo sencillo: el mundo virtual ha alterado nuestra manera de percibir arrasando con las conexiones que nos ligan al mundo material, ofreciéndonos a cambio un mundo ilimitado en el cual todo es posible, en el cual se han diluido las fronteras físicas, incluso las que existen entre la vida y la muerte, y por lo tanto también la necesidad de los rituales, las despedidas, la morosidad del duelo.

Fuente: <https://www.sinpermiso.info/textos/cuidar-cocinar-limpiar-transitar-hacia-la-muerte-en-tiempos-de-covid-19>



LA CONSTRUCCIÓN DE LAS DECISIONES PÚBLICAS EN LA ERA POST-PANDÉMICA

ISAAC ENRÍQUEZ PÉREZ*

23 de julio, 2020

A lo largo de múltiples columnas escritas y publicadas desde marzo del presente año, enfatizamos en el carácter multidimensional de la pandemia y en la convergencia de múltiples crisis y colapsos que se sintetizan en ella como *hecho social total*. No solo es un fenómeno sanitario/epidemiológico, sino que –a partir de las decisiones públicas y corporativas tomadas– extiende sus manifestaciones y acelera los cambios en esferas como la política y las funciones del Estado (<https://bit.ly/2Z3YYre>); la económico/financiera y la transición del patrón energético/tecnológico, con sus consustanciales impactos en el campo laboral; la cultura y las prácticas y hábitos de socialización; la dimensión ambiental de la existencia social y las respuestas que espeta la naturaleza ante la devastación por obra y gracia de la mano del hombre (<https://bit.ly/3ekjIkb>); la geopolítica y la reconfiguración profunda de las relaciones económicas y políticas internacionales, con su consustancial lucha por la hegemonía del sistema mundial (<https://bit.ly/3fULDsl>); la tergiversación de la palabra y la construcción

* Isaac Enríquez Pérez, Académico en la Universidad Nacional Autónoma de México.

del poder desde los *mass media* (<https://bit.ly/2V00QSu>); e, incluso, en el ámbito de las emociones y de los comportamientos cotidianos de los ciudadanos, penetrados –en este contexto– por la incertidumbre, la angustia, el miedo, la soledad y la impotencia.

Ninguna de esas dimensiones está desfasada del resto. Existen interrelaciones e interdependencias entre ellas; así como condicionamientos recíprocos que perfilan a la pandemia como un sistema complejo con manifestaciones y efectos macroliminales de largo alcance. Es, aunque no por sí misma, un acelerador de un cambio de ciclo histórico (<https://bit.ly/2YpCNgd>) que no dejará indiferente a nadie.

No solo cambiarán –ya cambian desde el inicio del brote epidémico– las relaciones cara a cara ante la zozobra y desconfianza despertadas por la irradiación del virus y las posibilidades de exponerse al contagio y a la muerte. Sino que cambiarán las formas y los fondos del campo laboral y el proceso de trabajo como consecuencia de la aceleración de la transición a un patrón tecnológico fincado en la robotización, la inteligencia artificial y la tecnología del internet 5G (<https://bit.ly/2Z3YYre>). El Estado, atacado desde los años setenta por el mantra del *fundamentalismo de mercado*, ya avizora nuevos cambios en sus funciones y se apresta a erigirse en una *Estado sanitizante* regido por el higienismo y una mayor intervención en la provisión de los cuidados; aunque condicionado por el grillete del hiper-endeudamiento derivado del *socialismo de los ricos* y no del mayor gasto en los Estados del bienestar o en las políticas sociales focalizadas. Lo que estará por

verse en los siguientes años es si este Estado logra revertir el déficit de legitimidad, confianza y consentimiento que –como en la obra *Saturno devorando a su hijo*, pintada por Francisco de Goya– le infieren los ciudadanos en la *era del descontento y la desilusión*.

A su vez, la geopolítica y geoeconomía del capitalismo comienza a perfilar renovadas relaciones económicas internacionales con una geometría que no tiene en el horizonte a la *pax americana* como hegemonía indiscutible. El poder global se tejerá a partir de alianzas estratégicas marcadas desde la tripolaridad protagonizada por Estados Unidos/China/Rusia; por lo que es altamente probable que se profile una nueva institucionalidad para regular la economía mundial y la política internacional. Estará por verse el papel que desempeñarán en estos procesos los organismos internacionales que emergieron del pacto de la segunda post-guerra. Más importante aún, estará(n) por verse la(s) modalidad(es) de acción colectiva global que despunten con los nuevos arreglos y con el choque que supone la crisis sistémica y estructural del capitalismo y el agotamiento de los territorios destinados a expandir la acumulación de capital.

La noóesfera (el escenario de la inteligencia y de las ideas) y el mundo de la construcción de las significaciones a través de la palabra, con el advenimiento de la *era post-factual* experimentarán un asalto mayúsculo al sembrarse la desconfianza y el descrédito respecto a la palabra y el argumento razonado. Con la *post-verdad*, la pandemia evidencia la sacralización de la mentira y el rumor, así como la defenestración de la palabra y la razón en el debate público y en la

construcción de las decisiones públicas. Justo en ello consiste la *tergiversación semántica* que, aunada al negacionismo y a la incentivación del odio y la disputa, vilipendian a la razón y al ejercicio del pensamiento crítico. El periodismo de investigación y –sobre todo– las ciencias y las humanidades tendrán una tarea monumental en el mundo post-pandémico para reivindicar el peso de los hechos y la validez y vigencia de la palabra. Esta labor será fundamental para inspirar y orientar el proceso de toma de decisiones en los distintos ámbitos de la vida social, pues sin esos mínimos referentes las políticas públicas y las estrategias de intervención perderían la brújula y serían invadidas por el desatino y los discursos que no enfatizan en las especificidades de los problemas públicos locales/nacionales.

La reivindicación, recreación, actualización y potenciación de las funciones tradicionales de la universidad (<https://bit.ly/3fPmlfz>) será crucial en ese proceso de *retorno a la palabra y la razón*, en medio de las dispuestas por arrinconarla en la enseñanza telemática.

La intimidad es otro de los ámbitos de la vida social que es trastocado con la pandemia y la *gran reclusión*. Ello es un tema obviado en buena medida, y ni por asomo y equivocación lo abordan la mayoría de los *mass media* convencionales. Sin embargo, la vida de individuos y familias cambió con el confinamiento. Especialmente, los desposeídos y los sectores sociales desfavorecidos y excluidos ascendieron a la *sociedad de los prescindibles*. La *orfandad laboral* está generando altas dosis de ansiedad y angustia en medio de escenarios signados por la incertidumbre. Al miedo por la posibilidad de contagio y muerte, se

suma la fragilidad emocional de los individuos y la impotencia por no contar con un mínimo control sobre sus vidas y su futuro inmediato. Quizá ello sea uno de los temas más silenciados y subsumidos en la *construcción mediática del coronavirus*, pero que lacera la cotidianidad y las seguridades de miles de millones de habitantes. Es urgente que se genere y atraiga la atención de los tomadores de decisiones respecto a las sutilezas que dichos fenómenos suponen.

El avasallamiento de la intimidad se manifiesta, incluso, al llegar la muerte en los tiempos de la pandemia. Al dolor que enfrentan los deudos por la pérdida de un ser querido por cualquier causa y no solo por el Covid-19, se suma la ansiedad y la modificación de los rituales tras cesar la vida. Pacientes desconectados premeditadamente de los respiradores artificiales por la edad o por su condición de enfermos terminales; cuerpos sin recolectar en los hospitales por los servicios forenses y funerarios (Guayaquil, Ecuador); el hedor putrefacto proveniente de camiones con cadáveres refrigerados (Nueva York); fosas comunes para sepultar a muertos por el nuevo coronavirus (Brasil); los duelos incompletos ante muertes inesperadas y ante la celeridad del sepulcro en aras de evitar el contagio; los pacientes que padecieron otras enfermedades y que fueron abandonados por privilegiar en clínicas y hospitales el tratamiento del Covid-19, entre otros hechos, multiplican el dolor de individuos y familias, al tiempo que acentúan su vulnerabilidad, la crueldad y la *orfandad emocional*.

Algunos especialistas comienzan a hablar de una especie de *entumecimiento psicológico* a medida que aumentan las cifras de

muerdos por obra del Covid-19. Esto significa dosis de indiferencia y apatía ante la enfermedad, pues una sola muerte puede asumirse como una tragedia monumental y que cimbra las emociones al gestarse tristeza, desconsuelo y duelo, pero las muertes en masa, al anunciarse, inducen la pérdida de sensibilidad ante la simple estadística y hasta el desdén por el dato. No es posible para el cerebro humano asimilar y procesar datos tan grandes en pérdidas de vidas humanas (léase <https://bbc.in/30o64rn>). Entre más personas mueren, más irrelevante resulta para las audiencias debido a la sobresaturación de Información y a la desestabilización que esto genera. Ello, por supuesto, atenta contra sentimientos como la compasión y la empatía; al tiempo que aflora mayor individualismo y egoísmo.

Los anteriores son temas propios de la intimidad y de la vida familiar, pero –a su vez– representan problemas bioéticos relacionados con decisiones públicas y con el diseño de estrategias para responder a ellos a partir del respeto a la dignidad del ciudadano vivo o muerto.

De esta forma, la incertidumbre tiende a radicalizarse y la vulnerabilidad estalla en la cara de la humanidad como la única certeza que recuerda, de manera incisiva, nuestro carácter diminuto y efímero.

Cabe acotar que cualquier escenario esbozado, sea para el curso que tomarán las relaciones internacionales o la vida en las sociedades nacionales en el mundo post-pandémico, parte de condiciones de incertidumbre que tornan a esos escenarios como parciales o incompletos. Solo el paso de los acontecimientos le dará forma acabada al mundo por venir. Pero lo que sí es una certeza es que la conflictividad

estará presente en los siguientes años y décadas, y ésta afectará a aquellas naciones que menor densidad y solidez institucional posean.

La *crisis sistémica y ecosocietal*, signada por la extrema desigualdad del capitalismo, se desdobra en múltiples colapsos, en los cuales la pandemia y el fenómeno estrictamente epidemiológico son solo un botón de muestra y la consecuencia más acabada. Como dicha crisis incide en la totalidad de la sociedad y en todas y cada una de las estructuras, pensar en el tipo de decisiones públicas que se necesitan para hacer frente a estos cambios, representa un desafío no solo técnico y relativo a la gestión de los problemas públicos, sino también político e, incluso, teórico/epistemológico.

Si las sociedades que habitamos en los tiempos previos a la pandemia, se encontraban preñadas por la incertidumbre, los riesgos, la contingencia, y por la intensificación de los procesos de globalización, estos fenómenos se exacerbaron con el asalto del coronavirus SARS-CoV-2. No solo fue raptada la vida pública por el higienismo y la propensión sanitizante de los Estados, sino que el ciudadano fue *desterrado del espacio público*, así sin más, bajo la excusa de “evitar el contagio”.

Las consecuencias de esto último no solo podrían sepultar las posibilidades de una real democracia, sino que refuerza las tentaciones autoritarias de las élites políticas y corporativas. Los procesos de exclusión, en tiempos de pandemia, penetraron como humedad el ámbito de las decisiones públicas, y pese a la expansión de la *plaza pública digital* saturada de individuos atomizados, disgregados y

fanatizados con la catarsis que les permiten sus prejuicios y dogmatismos, los visos de participación real y fundamentada en argumentos razonados brilla por su ausencia.

¿Qué tipo de decisiones públicas necesita la humanidad en este contexto y de cara a los escenarios futuros que se abren con el cambio de ciclo histórico acelerado a través de la pandemia?

En principio, se precisa de un nuevo Estado, que no sea el regido por la ideología del *fundamentalismo de mercado* de las últimas cuatro décadas; ni aquel movido por las políticas económicas keynesianas de la época anterior. Como la conducción de este nuevo Estado estaría, con toda seguridad, liderado por las mismas élites tecnocráticas –salpicadas, en ciertos casos, con dosis de progresismo nacionalista–, se precisa de un nuevo pacto social entre el sector público, la iniciativa privada y la clase trabajadora. Y, ante ello, se impone la urgencia de la formación de un nuevo ciudadano dotado de información y conocimientos válidos y sujetos a contrastación.

La clave de todo este proceso, en parte, está en las disputas en torno a la *construcción de significaciones y en la apropiación de la palabra*. Ambos son territorios de lucha y de creciente manipulación y tergiversación. Entonces, las decisiones públicas no escapan a esta lógica que forma parte de la configuración de los dispositivos de poder.

De esta forma, las decisiones públicas precisan asumir las condiciones de incertidumbre e imprevisibilidad acelerada con la pandemia. Y, a partir de allí, sentar mínimas bases desde el Estado para la construcción de certezas y márgenes de maniobra para las sociedades

locales/nacionales. Sin entramados institucionales sólidos y despojados de intereses creados, los Estados difícilmente se desapegarán del *fundamentalismo de mercado* que es –en gran medida– la causa principal de la *crisis sistémica y ecosocietal* contemporánea.

Despojarnos también del mantra incuestionable de la austeridad fiscal es un imperativo impostergable para liberar a las decisiones públicas de esa racionalidad perversa que *succiona la riqueza hacia arriba* y la restringe hacia abajo hasta llevar a la inanición a los sistemas educativos, sanitarios y de seguridad social. Sin un combate en el plano de las ideas respecto al *imperialismo de la racionalidad tecnocrática* que instauro al *individualismo hedonista* en la vida cotidiana, sería complicado conducir las decisiones públicas por nuevos cursos que no sean los del corporativismo clientelar o los del presunto equilibrio entre la oferta y la demanda.

A su vez, sin la convergencia de miradas interdisciplinarias y de múltiples campos del conocimiento, la toma de decisiones y el diseño de políticas públicas continuarán desprovistas de la diversidad de saberes y desapegadas del pensamiento crítico. Romper los diques de esa insularidad, no solo es un asunto académico/intelectual, sino también una urgencia política que contribuya a introyectar en los tomadores de decisiones la noción de sistema complejo al observar e intervenir en todo problema público.

La pandemia no solo acercó los espacios locales a los problemas públicos de otras latitudes, sino que en los entornos más inmediatos se replicaron fenómenos que creíamos ajenos y distantes. La globalización

no solo acerca y sincroniza en tiempo real a las comunidades humanas, sino que las expone al vértigo de los flujos transcontinentales, a la sociedad de redes, y a sus efectos sociales, epidemiológicos y ambientales negativos. Si las decisiones públicas no reparan en ello, no solo estarán desfasadas de las nuevas realidades, sino que nacerán en un mar de ostracismo y desconexión.

La reivindicación y reincorporación de derechos como la salud y los cuidados son necesarias y fundamentales en las nuevas agendas públicas, pero no será suficiente para contener y revertir la *crisis sistémica y ecosocietal* contemporánea acelerada por la pandemia. El problema es –y, a la vez, no únicamente– epidemiológico. Por tanto, las decisiones tomadas al respecto no solo se limitarían a lo estrictamente sanitario –que, en sí, es una urgencia que demanda atención–; pues tendrían que apuntar a reconfigurar las formas de organización social y las mismas estructuras de poder, dominación y riqueza. Y ello, forzosamente, no escapa a la imperiosa necesidad de abordar fenómenos como la explotación, la desigualdad social e internacional, la exclusión, el subdesarrollo, y las asimetrías de poder en la economía mundial y en la política interestatal. Ello, por supuesto, demandaría nuevas formas de acción colectiva global.

Las políticas públicas difícilmente podrían atemperar aquellos fenómenos que asaltan por sorpresa a las sociedades humanas. Sin embargo, toda decisión pública tendrá que incorporar en sus parámetros y alcances la posibilidad de que las epidemias serán recurrentes a lo

largo de las próximas décadas. Por lo que es necesaria la capacidad de previsión y de prevención en todos los frentes.

Más que asumir, como lo hace el Director General de la OMS, Tedros Adhanom Ghebreyesus, de que "el virus es el enemigo público número uno", es urgente plantear en las decisiones y políticas públicas que el principal problema de la humanidad es la creciente explotación (en partida doble, al afectar a la naturaleza y a la fuerza de trabajo), la exclusión social y la desigualdad que, entre otras cosas, multiplican y exacerban los efectos de fenómenos como las epidemias. Si se insiste en no atacar las causas profundas de los problemas públicos, no solo se evade el sentido de la realidad, sino que se perpetúan sus efectos y se reproducen los círculos viciosos. A diferencia de quienes asumen que la realidad social está sobre-diagnosticada, consideramos –con el mayor de los ánimos constructivos– que los diagnósticos jamás estarán de sobra, pues éstos se nutren y rectifican mutuamente a partir de la convergencia de múltiples miradas que abordan distintos ángulos sobre el mismo problema público. Ciertamente es que podrían existir diagnósticos sesgados, sujetos a la tendenciosidad ideológica de quien los elabora, o carentes de certezas. Y es allí donde juegan un papel importante los ejercicios de diálogo de saberes y de corrección de los estudios y diagnósticos limitados que inciden en las decisiones públicas y en los procesos de planeación.

Más todavía: desterrar el pensamiento mágico, parroquial y conspiracionista es una urgencia impostergable en el tratamiento de un problema público como la pandemia. Más lo es porque el virus múltiple

del prejuicio, la estigmatización, la mentira, el rumor, el negacionismo y la insidia, pueden penetrar como humedad al conjunto de las decisiones públicas y hacer del colapso ecosocietal una posible extinción de la humanidad. Solo el pensamiento crítico, llevado a sus últimas consecuencias y a su contrastación sin dogmatismos, ayudaría a encontrar la luz en este profundo y oscuro túnel. Justo en ello radica el *poder transformador del conocimiento razonado como praxis*. En medio del extravío, la *crisis de sentido* y la *confusión epocal*, solo el conocimiento sistemático, argumentado y despojado de intereses creados despejará el camino para erradicar la *tergiversación semántica* que controla e inmoviliza el cuerpo, la mente y la conciencia.

Fuente:

https://www.alainet.org/es/articulo/208052?fbclid=IwAR1bw3SAEEJaNBVIojaCjMUMXCqODI5naVGdwb5PgvOG66_99ihjiPE9bPg0

ODA A LA DOCENCIA EN LA ERA POST-FACTUAL

ISAAC ENRÍQUEZ PÉREZ*

21 de julio, 2020

En medio del cambio de ciclo histórico (<https://bit.ly/2Nqyc6X>) y de la crisis civilizatoria acelerada con la pandemia del coronavirus SARS-CoV-2 (<https://bit.ly/2Nv68PT>) y en el contexto del asalto que asedia al conocimiento razonado (<https://bit.ly/3exTeN6>) desde el apocalipsis mediático (<https://bit.ly/31emwwl>), cabe hacer un mínimo alto y reflexionar en torno a la educación y –particularmente– a la relevancia de la docencia.

Durante las últimas décadas, uno de los escenarios de disputa y de ruptura del pacto social de la segunda posguerra, en aras del control de las estructuras de poder y riqueza, es el relativo a la educación y, principalmente, el propio de la *forma universidad*. Asediada por los recortes presupuestales y por la ira del *fundamentalismo de mercado* y su desbordada obsesión respecto a la disciplina fiscal, las universidades en el mundo –y la educación pública en general– enfrentan una encrucijada. Más porque la disputa gira en torno a postrar a la *forma*

* Isaac Enríquez Pérez, Académico en la Universidad Nacional Autónoma de México.

universidad ante las demandas y requerimientos de un patrón de acumulación rentista, depredador, extractivista y explotador de la naturaleza y de la fuerza de trabajo. Dicho patrón de acumulación –al menos en las sociedades subdesarrolladas– subestima el conocimiento razonado, en aras de la trivialización y de un falso pragmatismo que desdeña la relevancia de la praxis teórica y la formación integral de los ciudadanos.

Sin ánimo de subestimar la labor docente desplegada en los niveles básico (primaria y secundaria) y medio (bachillerato) de la formación escolar, cabe enfatizar algunas ideas que centran la mirada en el ejercicio docente realizado en los ámbitos universitarios y la fusión que ello tiene con el oficio de la investigación.

En principio, cabe matizar que la docencia es una labor que incide en la transformación de la sociedad tras incitar y motivar a los jóvenes para ejercer verbos como el cuestionar, el razonar y el argumentar. Esto es, la docencia –al regirse por el pensamiento crítico– es una praxis que tiene como misión la transformación de la realidad social y sus contradicciones tras incentivar a las jóvenes generaciones a ejercer la duda, la reflexión, el cuestionamiento, el razonamiento y la argumentación informada, contrastada y fruto de la deliberación. Sin esa vocación, la sociedad se dirigiría a la desolación; al tiempo que la misma palabra perdería sentido como praxis transformadora y emancipadora.

Sin la docencia es imposible (re)crear el conocimiento e inocularlo de la vitalidad e innovación de las jóvenes generaciones. A su vez, el proceso de enseñanza/aprendizaje está profundamente vinculado a la formación de la ciudadanía y de la cultura política, así como a la erradicación de la ignorancia en cualquiera de sus formas.

Más aún, la docencia es una praxis que amerita sensibilidad para formar y encauzar la conciencia de los individuos y para hacer del conocimiento un motor de transformación social. Sin esa sensibilidad, no sería más que una labor repetitiva, mecánica, inerte y carente de sentido. Sin la docencia, el ser humano deambularía sin brújula y carecería de una mínima cultura ciudadana. De ahí que la docencia, como praxis social, contribuye a crear sentido y a darle forma a los procesos de socialización y de construcción del conocimiento. Es, en suma, una forma más de (re)crear sociedad.

Sin embargo, la praxis docente enfrenta varios desafíos; a saber: si la docencia es reducida a una labor mecánica, sus protagonistas y actores se convierten en seres autómatas y monótonos; carentes de imaginación y creatividad. En esta lógica, expoliado de la pasión por el conocimiento y su construcción, el proceso de enseñanza/aprendizaje se torna en un simple y tortuoso cálculo costo/beneficio. Más todavía: el afán de protagonismo y la vanidad intelectual devienen en cegueras y miopías que inhiben la posibilidad de tomar distancia respecto a lo que conocemos a través de la investigación y transmitimos por la vía de la docencia. De ahí que el conocimiento corre el riesgo de petrificarse tras

erigirse en una creencia y en un dogma regido por el pensamiento parroquial.

Además, la docencia como praxis social, si es diminuta y anclada a patrones y relaciones jerárquicas y verticales, tenderá a empequeñecer el proceso de enseñanza/aprendizaje y a tornar minúsculos la conciencia y el comportamiento humanos. Cabe apuntar que el homenaje más urgente, consistiría en (re)pensar y (re)definir esta praxis y su relevancia en la sociedad.

Por tanto, acortar las distancias entre lo que se conoce (o se sabe) y la naturaleza del mundo fenoménico, está en función de la supresión de los abismos pedagógicos y didácticos en la docencia. De ahí que si la docencia no es concebida como una relación social bidireccional –e, incluso, multidireccional– colmada de un intenso diálogo docente/estudiante y como parte nodal de la construcción de conocimiento, se cierne el riesgo de tornar al aula en un escenario anquilosado, postrado y carente de emotividad y creatividad.

Particularmente, cabe preguntarse cuál es la relación que la docencia guarda con la investigación. Un primer acercamiento a este interrogante, nos indica que la docencia y la investigación forman una mancuerna indisoluble en la construcción del pensamiento crítico. Una, forma la personalidad del educando y crea sensibilidad respecto al conocimiento y sus limitaciones. La otra, crea la teoría que permite, mediante sus significaciones y referentes conceptuales, posicionarnos –

de manera frontal– ante la realidad y sus procesos. La docencia y la investigación son complementarias y desembocan en un sincretismo: la primera contribuye a refinar las preguntas y la segunda abre senderos en la construcción de posibles respuestas. Sin el oficio de la investigación, la docencia se paraliza y se torna una «verdad» eterna e inmutable, carente de respuestas y de dosis de creatividad.

La enseñanza a través de la docencia es, a su vez, un aprendizaje constante tras contrastarse las ideas y exponerse al fuego del cuestionamiento y la duda. Si la docencia se articula con la investigación, logra abrir senderos para ventilar el nuevo conocimiento construido y para enriquecerlo con miradas alternas. Si la docencia y la investigación no erigen a la duda en puntal de su razonamiento, se condenan al limbo de la vaguedad y al mar del sinsentido.

Si la docencia y la investigación, en tanto praxis del conocimiento entrelazadas, no entronizan a la duda como fundamento existencial y vertebrador de su razonamiento y prácticas, naufragarán en el mar del ostracismo y el dogmatismo, al tiempo que se precipitarán en el abismo de la *ignorancia tecnologizada*.

De esta forma, la docencia es un ejercicio multidireccional y un paso para construir conocimiento de manera colectiva. Sin ese incesante intercambio con el estudiante, el circuito docencia/investigación se rompe y la creatividad sucumbe ante el vértigo de las preguntas y la duda

A grandes rasgos, la investigación y la docencia son una mancuerna que se entrelaza para construir conocimiento desde las preguntas que problematizan el mundo fenoménico. Ambas se realimentan; al tiempo que detonan procesos de imaginación creadora y de intenso diálogo con la realidad y el mundo de las ideas.

De cara a la *era post-factual*, que privilegia no la referencia al mundo fenoménico y la contrastación de las ideas con los hechos, sino la pulsión de los sentimientos y las emociones más primitivas de los individuos atomizados y sujetos al *panóptico digital*, resulta urgente reivindicar la docencia como praxis orientada a la formación de ciudadanos y a la transformación de la sociedad. Ante la irradiación del odio, el miedo, el racismo, el nativismo y el prejuicio, solo el conocimiento razonado ofrecerá luces que contribuyan a que la humanidad haga frente a la vulnerabilidad suscitada con las pandemias y al riesgo de extinción al que nos expone el colapso climático. La docencia –y la investigación como su correlato– están llamadas a mostrarse a la altura de las circunstancias históricas que se imponen con virulencia y al ritmo del vértigo de la incertidumbre.

Fuente: <https://rebellion.org/oda-a-la-docencia-en-la-era-post-factual/>



CÓMO CUIDAR DE SÍ Y DE LOS DEMÁS EN TIEMPOS DEL CORONAVIRUS

LEONARDO BOFF*

09, de abril, 2020

Vivimos tiempos dramáticos bajo el ataque del coronavirus, una especie de guerra contra un enemigo invisible, contra el cual todo el arsenal destructivo de armas nucleares, químicas y biológicas fabricadas por los poderes militaristas son totalmente inútiles e incluso ridículas. El Micro (virus) está derrotando a lo Macro (nosotros).

Tenemos que cuidarnos personalmente y cuidar a los demás, para que podamos salvarnos juntos. Aquí no valen los valores de la cultura del capital, no la competencia, sino la cooperación, no la ganancia sino la vida, no la riqueza de unos pocos y la pobreza de las grandes mayorías, no la devastación de la naturaleza, sino su cuidado. Estamos en el mismo barco y sentimos que somos seres que dependemos unos de otros. Aquí todos somos iguales y con el mismo destino feliz o trágico.

¿Qué somos como humanos?

En estos momentos de aislamiento social forzado, tenemos la oportunidad de pensar sobre nosotros mismos y en lo que realmente somos. ¿Sabemos quiénes somos? ¿Cuál es nuestro lugar en el conjunto de seres? ¿Para qué existimos? ¿Por qué podemos ser infectados por el coronavirus e incluso morir? ¿Hacia dónde vamos? Al reflexionar sobre estas preguntas impostergables, vale la pena recordar a Blaise Pascal

(+1662). Nadie mejor que él, matemático, filósofo y místico, para expresar el ser complejo que somos:

“Qué es el ser humano en la naturaleza? Una nada frente al infinito y un todo frente a la nada, un medio entre la nada y el todo, pero incapaz de ver la nada de donde viene y el infinito hacia dónde va” (Pensées § 72). En él se cruzan los cuatro infinitos: lo infinitamente pequeño, lo infinitamente grande, lo infinitamente complejo (Teilhard de Chardin) y lo infinitamente profundo.

En verdad no sabemos bien quien somos. O mejor, desconfiamos de alguna cosa en la medida en que vivimos y acumulamos experiencias. En uno somos muchos. Además de aquello que somos, existe en nosotros aquello que podemos ser: un manojo inagotable de virtualidades escondidas dentro de nosotros. Nuestro potencial es lo más seguro en nosotros. De ahí nuestra dificultad para construir una representación satisfactoria de quienes somos. Pero esto no nos exime de elaborar algunas claves de lectura que, de alguna manera, nos guíen en la búsqueda de lo que queremos y podemos ser.

En esta búsqueda el cuidado de sí mismo juega un papel decisivo. Especialmente en este momento dramático, cuando estamos expuestos a un enemigo invisible que puede matarnos o a través de nosotros causar la enfermedad o la muerte a los otros. En primer término no es una mirada narcisista sobre el propio yo, lo cual lleva generalmente a no conocerse a sí mismo sino a identificarse con una imagen proyectada de uno mismo y, por lo tanto, alienada y alienante.

Fue el filósofo Michel Foucault quien, con su exhaustiva investigación *Hermenéutica del sujeto* (1984), trató de rescatar la tradición occidental del cuidado del sujeto, especialmente en los sabios de los siglos II/III, como Séneca, Marco Aurelio, Epicteto y otros. El gran lema era el famoso "ghôti seautón": "conócete a ti mismo". Este conocimiento no se entendía de una manera abstracta sino concreta: reconócete en lo que eres, trata de profundizar en ti mismo para descubrir tus potencialidades; trata de realizar lo que realmente eres.

Es importante afirmar en primer lugar que el ser humano es un sujeto y no una cosa. No es una sustancia constituida de una vez por todas (Foucault, *Hermenéutica del sujeto*, 2004), sino un nudo de relaciones siempre activo que, a través del juego de relaciones, se está construyendo continuamente. Nunca estamos listos, siempre nos estamos formando.

Todos los seres en el universo, según la nueva cosmología, tienen una cierta subjetividad porque siempre están relacionando e intercambiando información. Por eso tienen historia y un cierto nivel de conocimiento inscrito en su ADN. Este es un principio cosmológico universal. Pero el ser humano lleva a cabo su propia modalidad de este principio relacional, que es el hecho de ser un sujeto consciente y reflexivo. Sabe que sabe; sabe que no sabe; para ser completos, no sabe que no sabe, como decía irónicamente Miguel de Unamuno.

Este nudo de relaciones se articula desde un centro, alrededor del cual organiza los sentimientos, ideas, sueños y proyecciones. Este centro es un yo, único e irrepetible. Representa, en el lenguaje del más sutil de

todos los filósofos medievales, el franciscano Duns Scotus (+1203), la "última solitudinis", la "última soledad del ser".

Esta soledad significa que el yo es insustituible e irrenunciable. Pero recordemos: debe entenderse en el contexto del nudo de relaciones dentro del proceso global de interdependencias, de modo que la soledad no sea la desconexión de los demás. Significa la singularidad y la especificidad inconfundible de cada uno. Por lo tanto, esta soledad es para la comunión, es estar solo en su identidad para poder estar con el otro diferente y ser uno-para-el-otro y con-el-otro. El yo nunca está solo.

Cuidar de sí: acogerse jovialmente

El cuidado de sí mismo implica, en primerísimo lugar, acogerse a sí mismo tal como se es, con las capacidades y las limitaciones que siempre nos acompañan. No con amargura como quien no consigue evitar o modificar su situación existencial, sino con jovialidad. Acoger la estatura, el rostro, el pelo, las piernas, pies, senos, la apariencia y modo de estar en el mundo, en resumen, acoger nuestro cuerpo.

Cuanto más nos aceptemos así como somos, menos clínicas de cirugía plástica necesitaremos. Con las características físicas que tenemos, debemos elaborar nuestra manera de ser y nuestra mise-en-scène en el mundo.

Podemos cuestionar la construcción artificial de una belleza fabricada que no está en consonancia con una belleza interior. Hay el riesgo de perder la luminosidad y sustituirla por una vacía apariencia de brillo.

Más importante es acoger los dones, las habilidades, el poder, el coeficiente de inteligencia intelectual, la capacidad emocional, el tipo de voluntad y de determinación con la que cada uno viene dotado. Y al mismo tiempo, sin resignación negativa, los límites del cuerpo, de la inteligencia, de las habilidades, de la clase social y de la historia familiar y nacional en que está insertado.

Tales realidades configuran la condición humana concreta y se presentan como desafíos a ser afrontados con equilibrio y con la determinación de explotar lo más que podamos las potencialidades positivas y saber llevar, sin amargura, las negativas.

El cuidado de sí mismo exige saber combinar las aptitudes con las motivaciones. Me explico: no basta tener aptitud para la música si no nos sentimos motivados para desarrollar esta capacidad. De la misma manera, no nos ayudan las motivaciones para ser músico si no tenemos aptitudes para eso, sea en el oído sea en el dominio del instrumento. De nada sirve querer pintar como van Gogh si solamente se consigue pintar paisajes, flores y pájaros que a duras penas llegan a ser expuestos en la plaza en la feria del domingo. Desperdiciamos energías y recogemos frustraciones. La mediocridad no engrandece a nadie.

Otro componente del cuidado consigo mismo es saber y aprender a convivir con la paradoja que atraviesa nuestra existencia: tenemos impulsos hacia arriba, como la bondad, la solidaridad, la compasión y el amor. Y simultáneamente tenemos en nosotros tendencias hacia abajo, como el egoísmo, la exclusión, la antipatía e incluso al odio. En la historia

reciente de nuestro país tales dimensiones contradictorias han aparecido hasta de forma virulenta, envenenando la convivencia social.

Estamos hechos con estas contradicciones, que nos vienen dadas con la existencia. Antropológicamente se dice que somos al mismo tiempo sapiens y demens, gente de inteligencia y lucidez y junto a esto, gente de rudeza y violencia. Somos la convergencia de las oposiciones.

Cuidar de sí mismo impone saber renunciar, ir contra ciertas tendencias en nosotros y hasta ponerse a prueba; pide elaborar un proyecto de vida que dé centralidad a estas dimensiones positivas y mantenga bajo control (sin reprimirlas porque son persistentes y pueden volver de forma incontrolable) las dimensiones sombrías que hacen agónica nuestra existencia, es decir, siempre en combate contra nosotros mismos.

Cuidar de sí mismo es amarse, acogerse, reconocer nuestra vulnerabilidad, saberse perdonar y desarrollar la resiliencia, que es la capacidad de pasar página y aprender de los errores y contradicciones.

Cuidar de sí mismo: preocuparse de su propio modo de ser

Por estar expuestos a fuerzas contradictorias que conviven tensamente en nosotros, necesitamos vivir el cuidado como preocupación por nuestro propio destino. La vida puede conducirnos por caminos que pueden significar felicidad o desgracia: esas fuerzas pueden apoderarse de nosotros y podemos llenarnos de resentimientos y amarguras que nos incitan a la violencia. Tenemos que aprender a autocontrolarnos. Especialmente en estos tiempos de confinamiento social. Puede ser

ocasión de desarrollar iniciativas creativas, de ejercitar la fantasía imaginativa que nos alejen de los peligros y nos abran espacio hacia una vida de decencia.

Hoy vivimos bajo la cultura del capital que continuamente nos demanda ser consumidores de bienes materiales, de entretenimientos y de otras estratagemas, más enfocados a quitarnos nuestro dinero que a satisfacer nuestros deseos más profundos. Cuidar de sí es preocuparse de no caer en esa trampa. Es dejar huella de tu pisada en la tierra, no pisar en la huella hecha por otro.

Cuidar de sí mismo como preocupación acerca del sentido de la propia vida significa: ser crítico, poner muchas cosas bajo sospecha para no permitir ser reducido a un número, a un mero consumidor, a un miembro de una masa anónima, a un eco de la voz de otro.

Cuidar de sí mismo es preocuparse del lugar de uno mismo en el mundo, en la familia, en la comunidad, en la sociedad, en el universo y en el designio de Dios. Cuidar de sí mismo es reconocer que, en la culminación de la historia, Dios te dará un nombre que es sólo tuyo, que te define y que solo Dios y tú conoceréis.

En la sociedad que nos masifica, es decisivo que cada uno pueda decir su yo, tener su propia visión de las cosas, no ser solamente un mero repetidor de lo que nos es comunicado por los muchos medios de comunicación de los que disponemos.

El cuidado implica cultivar y velar por nuestros sueños. El valor de una vida se mide por la grandeza de sus sueños y por su empeño, contra

viento y marea, en realizarlos. Nada resiste a la esperanza tenaz y perseverante. La vida es siempre generosa; a quienes insisten y persisten acabará dándoles la oportunidad necesaria para concretar su sueño. Entonces irrumpe el sentimiento de realización, que es más que la felicidad momentánea y fugaz. La realización es fruto de una vida, de una perseverancia, de una lucha nunca abandonada de quien vivió la sabiduría predicada por don Quijote: no hay que aceptar las derrotas antes de dar todas las batallas. El modo de ser que resulta de este cuidado con la autorrealización es una existencia de equilibrio que genera serenidad en el ambiente y el sentimiento en los demás de sentirse bien en compañía de tal persona. La vida irradia, pues en eso reside su sentido: no en vivir simplemente porque no se muere, sino en irradiar y disfrutar de la alegría de existir.

Cuidado como precaución con nuestros actos y actitudes

El cuidado como preocupación por nosotros mismos nos abre al cuidado como precaución en estos tiempos del coronavirus. Precavernos de no exponernos a coger el virus avasallador ni de trasmitirlo a los demás. Aquí el cuidado lo es todo, particularmente ante los más vulnerables que son las personas mayores de 65 años, nuestros abuelos y parientes mayores.

Alarguemos la perspectiva. En una perspectiva ecológica, hay actitudes y actos de falta de cuidado que pueden ser gravemente destructores, como la práctica de usar intensivamente pesticidas agrícolas, deforestar una amplia región para dar paso al ganado o al agronegocio, destruir la vegetación ribereña de los ríos. Las

consecuencias no van a ser inmediatas, pero a medio y largo plazo pueden ser desastrosas, como la disminución del caudal del río, la contaminación del nivel freático de las aguas, el cambio del clima y de los regímenes de lluvias y de estiaje.

Aquí se impone una cuidadosa precaución para que la salud humana de toda una colectividad no sea afectada, como está ocurriendo en este momento en todo el mundo.

Con la introducción de las nuevas tecnologías, como la biotecnología y la nanotecnología, la robótica, la inteligencia artificial, mediante las cuales se manipulan los elementos últimos de la materia y de la vida, se pueden ocasionar daños irreversibles o producir elementos tóxicos, nuevas bacterias y series de virus, como el actual, el coronavirus, que comprometan el futuro de la vida (cf. T. Goldborn, El futuro robado, LPM 1977).

Como nunca antes en la historia, el futuro de la vida y las condiciones ecológicas de nuestra subsistencia están bajo nuestra responsabilidad. Esta responsabilidad no puede ni debe ser delegada a empresas con sus científicos en sus laboratorios para que decidan sobre el futuro de todos sin consultar con la sociedad. Aquí prevalece la ciudadanía planetaria. Cada ciudadano es convocado a informarse, a seguir y a decidir colectivamente qué caminos nuevos y más prometedores deben abrirse para la humanidad y para el resto de la comunidad de vida y no solo para el mercado y las empresas.

Nuestras relaciones merecen también especial precaución-cuidado. Deben ser siempre abiertas y constructoras de puentes. Tal propósito implica superar las extrañezas y los prejuicios. Aquí es importante ser vigilantes y trabar una fuerte lucha contra nosotros mismos y los hábitos culturales establecidos. Albert Einstein, sabedor de las dificultades inherentes a este esfuerzo, consideraba no sin razón, *que es más fácil desintegrar un átomo que remover un prejuicio de la cabeza de una persona.*

Cada vez que encontramos a alguien, estamos ante una manifestación nueva, ofrecida por el universo o por Dios, un mensaje que solamente esa persona puede pronunciar y que puede significar una luz en nuestro camino.

Pasamos una única vez por este planeta. Si puedo hacer algún bien a otra persona, no debo postergarlo ni descuidarlo, pues difícilmente la encontraré otra vez en el mismo camino. Esto vale como disposición de fondo de nuestro proyecto de vida.

Es importante que nos preocupemos de nuestro lenguaje. Somos los únicos seres capaces de hablar. Mediante el habla, como nos enseñaron Maturana y Wittgenstein, organizamos nuestras experiencias, ponemos orden en las cosas, y creamos la arquitectura de los saberes. Bien cantan los miembros de las Comunidades Eclesiales de Base de Brasil: La palabra no fue hecha para dividir a nadie/la palabra es un puente por donde va y viene el amor.

Por la palabra construimos o destruimos, consolamos o desolamos, creamos sentidos de vida o de muerte. Las palabras antes de definir un objeto o dirigirse a alguien, nos definen a nosotros mismo. Dicen quiénes somos y revelan en qué mundo habitamos.

Cuidado de nuestra relación principal: la amistad y el amor

Hay un cuidado especial que debemos cultivar sobre dos realidades fundamentales en nuestra vida: la amistad y el amor. Mucho se ha escrito sobre ellas. Aquí nos restringiremos a lo mínimo. La amistad es esa relación que nace de una afinidad desconocida, de una simpatía totalmente inexplicable, de una proximidad afectuosa hacia otra persona. Entre los amigos se crea algo así como una comunidad de destino. La amistad vive del desinterés, de la confianza y de la lealtad. La amistad tiene raíces tan profundas que, aunque pasen muchos años, cuando los amigos y amigas vuelven a encontrarse se anulan los tiempos y se reanudan los lazos y hasta el recuerdo de la última conversación mantenida.

Cuidar de las amistades es preocuparse de la vida, penas y alegrías de la amiga o del amigo. Es ofrecerle un hombro cuando la vulnerabilidad le visita y el desconsuelo le roba sus estrellas guía. En el sufrimiento y en el fracaso existencial, profesional o amoroso es donde se comprueban los verdaderos amigos o amigas. Son como una torre fortísima que defiende el castillo de nuestras vidas peregrinas.

La relación más profunda y la que trae las más importantes realizaciones de felicidad o las más dolorosas frustraciones es la

experiencia del amor. Nada es más precioso y apreciado que el amor. Nace del encuentro entre dos personas que un día cruzaron sus miradas, sintieron una atracción mutua y respondieron sus corazones. Resolvieron fundir sus vidas, unir sus destinos, compartir las fragilidades y los quererres de la vida.

Todos estos valores, por ser los más preciosos, son los más frágiles porque son los más expuestos a las contradicciones de la existencia humana. Cada cual es portador de luz y de sombras, de historias familiares y personales diferentes, cuyas raíces alcanzan arquetipos ancestrales, marcados ellos también por experiencias felices o trágicas que dejaron marca en la memoria genética de cada uno.

El amor es un ars combinatoria de todos estos factores, hecho con sutileza, que demanda capacidad de comprensión, de renuncia, de paciencia y de perdón, y al mismo tiempo de disfrute común del encuentro amoroso, de la intimidad sexual, de la entrega confiada de uno al otro, experiencia que sirve de base para entender la naturaleza de Dios, pues Él es amor incondicional y esencial.

Cuanto más capaz de una entrega total se es, mayor y más fuerte es el amor. Tal entrega supone un coraje extremo, una experiencia de muerte pues no se retiene nada y uno se zambulle totalmente en el otro. El hombre posee especial dificultad para este gesto extremo, tal vez por la herencia del machismo, patriarcalismo y racionalismo de siglos que carga dentro de sí y que limita su capacidad para esta confianza extrema.

La mujer es más radical: va hasta el extremo de la entrega en el amor, sin resto y sin reservas. Por eso su amor es más pleno y realizador, y, cuando se frustra, la vida revela contornos de tragedia y de un vacío existencial abismal.

El mayor secreto para cuidar del amor reside en esto: cultivar sencillamente la ternura, La ternura vive de gentileza, de pequeños gestos que revelan el cariño, de signos pequeños, como recoger una concha en la playa y llevarla a la persona amada y decirle que en aquel momento la recordó con mucho cariño.

Tales «banalidades» tienen un peso mayor que la más preciosa joya. Así como una estrella no brilla sin una atmósfera a su alrededor, de la misma manera el amor no vive y sobrevive sin un aura de afecto, de ternura y de cuidado.

El cuidado es un arte. Como pertenece a la esencia de lo humano, siempre está disponible. Y como todo lo que vive necesita sustento, también él necesita ser alimentado. El cuidado se alimenta de una preocupación vigilante por su futuro y por el del otro.

Eso a veces se hace reservando momentos de reflexión sobre sí mismo, haciendo silencio a su alrededor, concentrándose en alguna lectura que alimente el espíritu y, no en último lugar, entregándose a la meditación y a la apertura a Aquel mayor que tiene el sentido de nuestras vidas y conoce todos nuestros secretos.

Conclusión: el cuidado es todo

El cuidado es todo, pues sin él, ninguno de nosotros existiría. Quien cuida ama, quien ama cuida. Cuidémonos los unos a los otros, particularmente en estos momentos dramáticos de nuestras vidas, pues ellas corren peligro y pueden afectar el futuro de la vida y de la humanidad sobre este pequeño planeta que es la única Casa Común que tenemos.

*Leonardo Boff ha escrito Saber cuidar: ética de lo humano-compasión por la Tierra, Vozes muchas ediciones 2018 y La fuerza de la ternura, Mar de Ideias, Rio 2016.

Traducción de M^a José Gavito Milano

Fuente: <https://leonardoboff.org/2020/04/09/como-cuidar-de-si-y-de-los-demas-en-tiempos-del-coronavirus/>

